

2 EL MERCADO LABORAL COLOMBIANO: TENDENCIAS DE LARGO PLAZO

Hugo López Castaño*

Este capítulo pretende examinar, con base en series largas del Departamento Administrativo Nacional de Estadística (DANE) para siete ciudades, las principales tendencias del mercado laboral colombiano.

La sección 1 se ocupa de las tendencias de largo plazo del empleo urbano, donde se encuentra que el moderno ha estado sesgado en favor del trabajo con alguna formación superior y en contra del menos educado, en contraste con la abundancia relativa de fuerza de trabajo que cuenta con máximo bachillerato: por eso el empleo informal subió con la crisis de finales de los años noventa y no ha vuelto a bajar.

El comportamiento de largo plazo de la participación laboral y el desempleo urbanos se describen en la sección 2: habían vuelto a caer en lo corrido de la década pasada, volvieron a elevarse entre 2008 y 2010 y apenas están comenzando a ceder con la recuperación reciente.

La tercera sección hace una breve mención de la problemática laboral en el sector rural: no se trata del desempleo sino de la pobreza.

La sección 4 se ocupa de la naturaleza de la demanda por servicios informales: las cifras sugieren que es de calidad inferior y de una elasticidad ingreso muy baja y se ocupa también de los determinantes de sus ingresos reales (salario moderno no calificado y tasa de desempleo).

La sección 5 sintetiza los efectos generados por las tendencias del mercado laboral urbano: participación decreciente de los trabajadores sin educación superior en los ingresos laborales; elevada rotación de los asalariados poco educados y discriminación contra los más pobres en los enganches de personal; intensificación del ciclo de vida laboral que, con la edad, lleva los menos educados, de los empleos

* El autor agradece la colaboración de dos profesionales de la Sucursal del Banco en Medellín. Francisco Lasso se encargó de la reconstrucción de las series de las encuestas del DANE y del procesamiento de otras encuestas complementarias; sin su concurso este escrito no hubiera sido posible. Jorge Tamayo por su trabajo econométrico que debe ser objeto de una publicación especial (me he limitado a citar brevemente sus resultados).

asalariados a los informales; onerosas cargas sociales para la sociedad en salud y en pensiones.

La sexta sección se ocupa del papel que puede haber desempeñado la política del salario mínimo en la evolución del empleo moderno y la informalidad, y aunque queda mucho por hacer en materia de investigación para esclarecer las responsabilidades relativas que tienen los factores externos y los internos en la sustitución de largo plazo del empleo moderno poco educado por el más educado, se presentan evidencias que sugieren que la política del salario mínimo ha acentuado esa tendencia. En todo caso, se muestra que el salario mínimo no ayuda a los más pobres y perjudica la generación de empleo moderno no calificado.

El artículo termina con un examen de la coyuntura laboral de 2010-2011 (sección 7) para mostrar que con la reactivación económica se han acentuado las tendencias de largo plazo.

En los anexos se incluyen las principales cifras laborales (empleo y salarios en siete ciudades principales) referentes al período 1984-2010.

El presente artículo es esencialmente descriptivo. Es cierto que no hay descripción pura, pues aquella suele estar sustentada en alguna teoría, aunque sea implícita. Con todo, a pesar de que se sugieren algunas hipótesis explicativas (que podrían ser una agenda para posteriores investigaciones en economía laboral), el objetivo central no es principalmente teórico sino más bien empírico: leer lo que muestran las series de 27 años de las encuestas de hogares para las principales ciudades.

El texto contiene algunos corolarios de política, pero no pretende evidenciarlos todos. La primera versión preliminar publicada en Borradores de Economía (núm. 606) contenía una sección especial sobre políticas de empleo; en el contexto nacional de la campaña presidencial colombiana para el mandato 2010-2014, se justificaba su presencia para sugerir a los candidatos estrategias de mercado laboral. Superada tal coyuntura, no pasa lo mismo hoy en día, a pesar de que destacados lectores de aquella versión me han sugerido conservar y desarrollar esa sección para esta nueva obra. Cabe, además, destacar que el gobierno del presidente Santos ha hecho aprobar la Ley 1429 de formalización y generación de empleo, y en todo caso ha emprendido programas que inciden sobre el empleo (el de reconstrucción de la emergencia invernal) y trazado una serie de políticas, entre las que están las que parecen desprenderse del alza en el salario mínimo decretada para el año 2011, la reformas hechas al crédito del Instituto Colombiano de Crédito y Estudios Técnicos en el Exterior (Icetex) y el proyecto de ley (en discusión) sobre reforma universitaria, todas las cuales todavía muy recientes para evaluar.

1. SESGO DEL EMPLEO MODERNO EN CONTRA LOS MENOS EDUCADOS

Esta sección describe las tendencias de largo plazo del empleo urbano en Colombia; después de exponer las definiciones que se van a usar, se muestra que, durante la década pasada, el empleo moderno exhibió un buen dinamismo, pero que, como

porcentaje de la población en edad laboral, no ha podido recuperar los niveles de mediados de los años noventa. Su componente más educado (ocupados, asalariados o no, con alguna educación superior) ha crecido tendencialmente; el menos educado (asalariados con máximo bachillerato) se desplomó desde 1995 y, con excepción de la pausa en 2005-2007, ha seguido bajando.

Esa evolución se pone en relación con el profundo cambio técnico vivido por el país con la apertura económica de la primera mitad de los años noventa. Por unidad de producto interno bruto urbano, el insumo de trabajo moderno no calificado ha bajado permanentemente y el calificado se ha elevado. Se deja abierta la pregunta por las razones de ese cambio técnico y nos limitamos a constatar el *sesgo* del empleo moderno contra el trabajo menos educado, es decir, el hecho de que la distribución del empleo moderno urbano por grandes niveles educativos (sin y con educación superior) no refleja la de la fuerza de trabajo urbana. Es la razón por la cual un porcentaje creciente de la fuerza laboral con educación secundaria o menos engrosa el excedente laboral no empleable en el sector moderno, compuesto por los desempleados y por el núcleo del empleo informal que, con la crisis de la segunda mitad de los años noventa, subió para no bajar y hasta fines de 2010 ha seguido elevándose.

1.1. Empleo moderno, formal e informal: problemas de definición

El módulo “informal” de las encuestas de hogares de Colombia se aplicó bianualmente entre 1984-2000 (en los segundos trimestres), entre 2000 y 2006 se hizo una vez al año, y desde el cuarto trimestre de 2006 de manera continua. Con esos datos se pueden estimar los empleos formal e informal siguiendo la nueva definición usada desde 2007 por el DANE, que clasifica como *formales* los trabajadores del gobierno, los profesionales y técnicos que trabajan de manera independiente, así como a los vinculados a empresas privadas con más de cinco ocupados. Los informales son el resto de los ocupados.

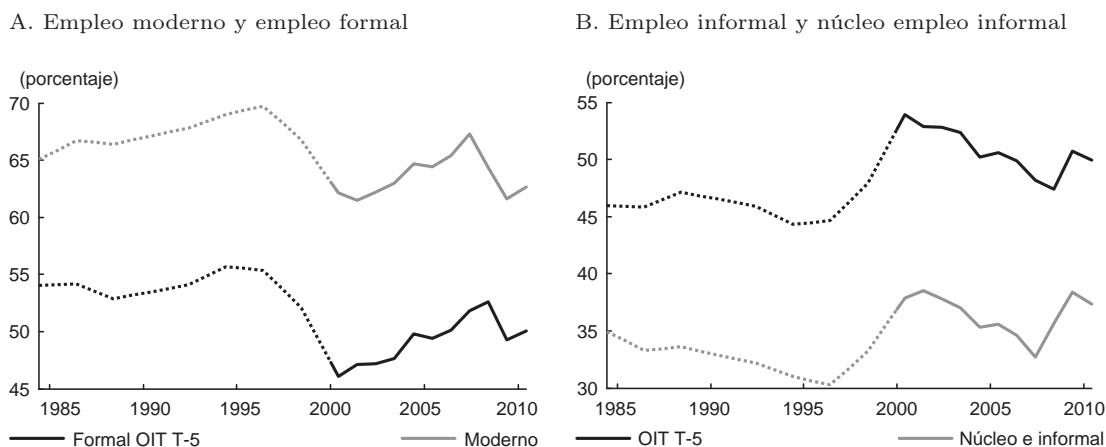
No obstante, para aprovechar la serie histórica trimestral (27 años: desde 1984 a 2010) para las siete ciudades principales de Colombia, es preciso redefinir operativamente esos conceptos: distinguimos entre *empleo moderno* (obreros y empleados asalariados públicos y privados más no asalariados con alguna formación superior) y *núcleo del empleo informal* (no asalariados sin educación superior). La importancia del empleo moderno en el total (Gráfico 2.1, panel A) resulta mayor (unos 14 pp) que la del empleo formal, y obviamente (Gráfico 2.1, panel B) la importancia del núcleo informal menor, en los mismos puntos porcentuales, frente al empleo informal en su conjunto; pero las tendencias son las mismas.

1.2. Empleo moderno: buen desempeño en la década pasada pero sesgado contra el poco calificado

El Gráfico 2.2, panel A, muestra la evolución entre 1984 y 2010 del empleo moderno urbano (suma del asalariado con máximo educación secundaria y del asalariado o no con algún grado de educación terciaria). Se calcula frente a la población en edad laboral para hacer abstracción de la evolución poblacional. Puede observarse que

creció rápidamente entre 1984 y 1994, pasando del 31,2 % al 37,8 %; se derrumbó con la crisis de la segunda mitad de los años noventa (32,4 % en 2001); volvió a subir, alcanzando un pico en 2007 (36,6 %) que, sin embargo, era inferior al de 1994. Luego, la crisis iniciada en 2008 lo hizo caer otra vez (34,9 % en el primer trimestre de 2009) y la recuperación posterior le permitió retomar el nivel de 1995. En promedio para 2010 el empleo moderno representaba el 63 % del empleo total en las siete ciudades principales, cifra más baja que la alcanzada en 1994 (69 %).

Gráfico 2.1: Evolución del empleo moderno y formal, y del empleo informal y su núcleo en las siete ciudades principales de Colombia, 1984-2010 (porcentaje del empleo total)



Nota: los datos punteados son interpolaciones.

Fuente: DANE, encuestas de hogares (segundos trimestres de cada año); cálculos del Banco de la República, sucursal Medellín.

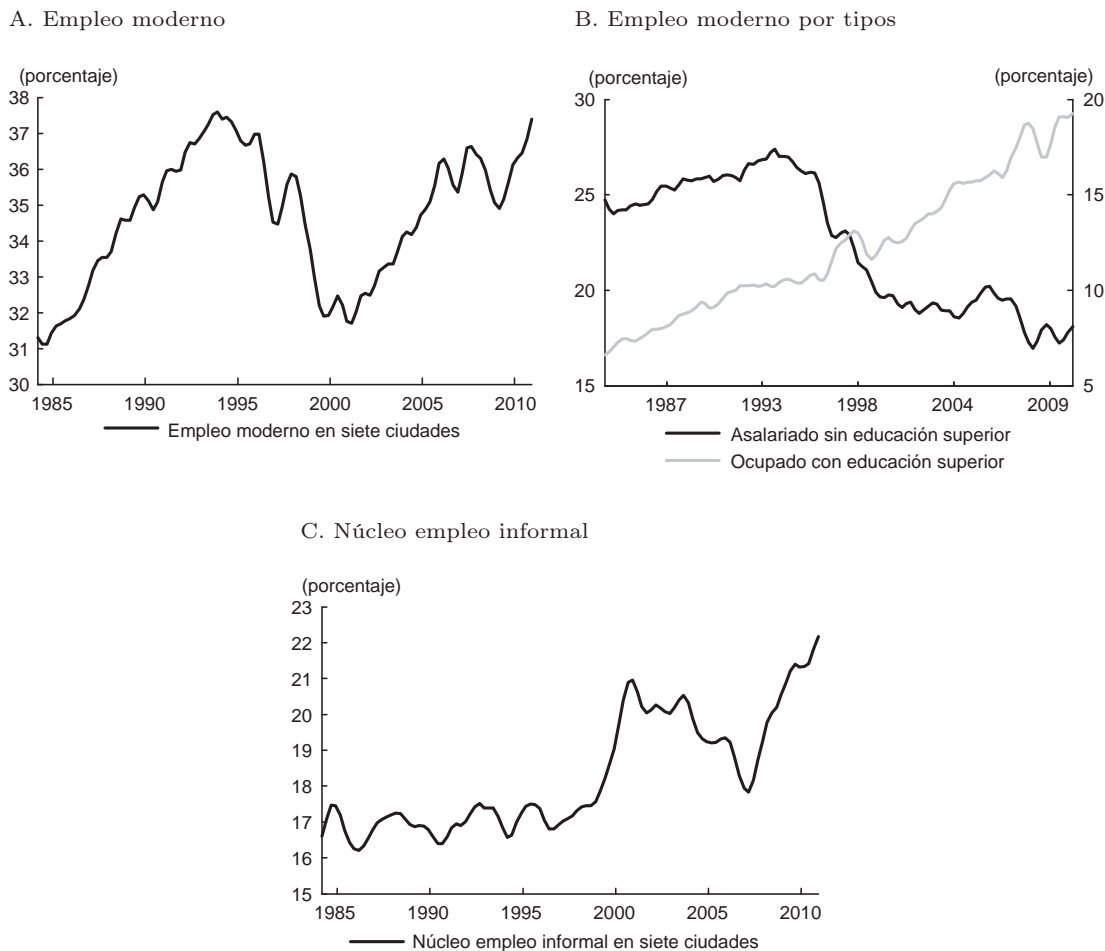
El componente más educado del empleo moderno ha crecido tendencialmente (Gráfico 2.2, panel B) frente al total, pues pasó del 22 % en 1984 al 52 % en 2010. En cambio, su componente menos educado —asalariados con máximo bachillerato completo que, frente a la población en edad de trabajar (PET) se habían elevado hasta mediados de los años noventa— se desplomó desde entonces y, salvo la pausa en 2005-2007, ha seguido bajando. Su participación en el empleo moderno total ha caído en el largo plazo: 78 % en 1984, 72 % en 1994, y 48 % en 2010.

1.3. Núcleo de empleo informal: con la crisis de la segunda mitad de los años noventa subió para no bajar y siguió elevándose al menos hasta 2010

Por su parte (Gráfico 2.2, panel C), el núcleo del empleo informal (no asalariados sin educación superior, es decir, con máximo bachillerato completo¹) no cambió casi entre 1984 y 1996 (17,0 % frente a la PET). Pero la crisis del fin de siglo lo hizo

¹ Se trata de ocupados por cuenta propia, jornaleros, trabajadores no remunerados, servidores domésticos y (pequeños) patrones, sin ingresos o con pobres remuneraciones, pues su ingreso

Gráfico 2.2: Empleo moderno por componentes y núcleo del empleo informal en las siete ciudades principales, primer trimestre 1984 a cuarto trimestre 2010 (porcentaje de la PET total; datos trimestrales)



Nota: datos trimestrales, destacionalizados y suavizados.
Fuente: DANE. Encuestas hogares (transversales 1984-2000 y continuas 2001-2010); datos desestacionalizados y suavizados mediante Census X-12 (tendencias cíclicas).

subir vertiginosamente (20,2 % en 2001); después de una caída entre 2003 y 2007 (en gran parte, fruto estadístico de la introducción de la encuesta integrada de hogares) volvió a elevarse entre 2008 y 2010 (22,5 % frente a la PET, en el cuarto trimestre de este último año, su mayor nivel histórico). Ya en 2010 representó el 37,1 % del empleo total en las siete ciudades principales, cifra muy superior a la de 1994 (31,1 %).

mediano en salarios mínimos en los primeros dos trimestres de 2010 fue apenas de 0,77 (siete ciudades) y de 0,58 (cabeceras municipales).

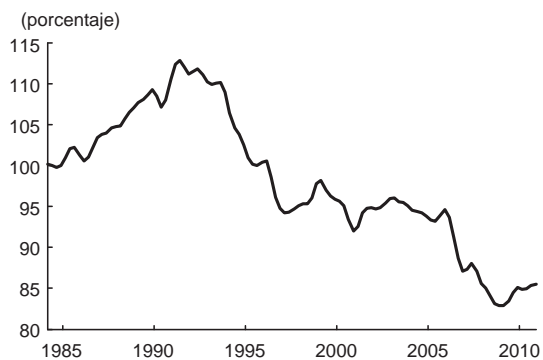
1.4. Reducción de largo plazo en el empleo moderno por unidad de PIB urbano y reestructuración en favor del trabajo con estudios superiores

Con la apertura económica de 1993 el país vivió un profundo cambio técnico que, desde mediados de los años noventa, ha venido reduciendo el insumo de trabajo moderno por unidad de PIB urbano real (Gráfico 2.3, panel A): pasó de 100 en 1984 a 85 en 2010.

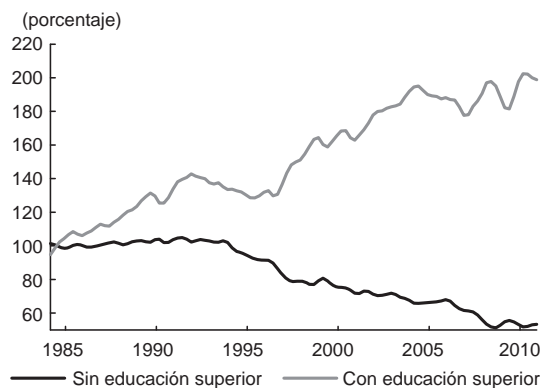
- El trabajo moderno no calificado (asalariados sin educación superior) por unidad de PIB urbano (Gráfico 2.3, panel B), no cambió casi entre 1984 (100) y 1993 (102); desde entonces ha bajado permanentemente (53 en 2010).
- Por su parte, el empleo moderno calificado (asalariados o no con alguna educación superior) por unidad de PIB urbano (1984 = 100), se ha elevado tendencialmente. Después de reducirse ligeramente entre 1993 (136) y 1996 (133), se elevó rápidamente hasta 2004 (193,1). Luego, con algunas fluctuaciones, ha seguido creciendo moderadamente. En resumen, entre 1984 y 2010 pasó de 100 a 201.

Gráfico 2.3: PIB urbano y empleo moderno por componentes (trimestral)

A. Trabajo moderno por unidad de PIB urbano



B. Trabajo moderno por nivel educativo y por unidad de PIB



Nota: PIB urbano = PIB - valor agregado por los sectores agropecuario y minero (cuentas nacionales base 2005, series empatadas hacia atrás). Datos suavizados Census X-12. Para estimar los datos absolutos del empleo (el numerador de la serie) se empataron hacia atrás las series DANE para siete ciudades de la PET 2001-2010 (expansiones del nuevo censo) con las de 1984-2000 (expandidas con el viejo censo) y se multiplicaron por las tasas de ocupación (porcentaje de la PET). Datos trimestrales desestacionalizados y suavizados; año 1984 = 100

Fuente: cálculos del Banco de la República, sucursal Medellín.

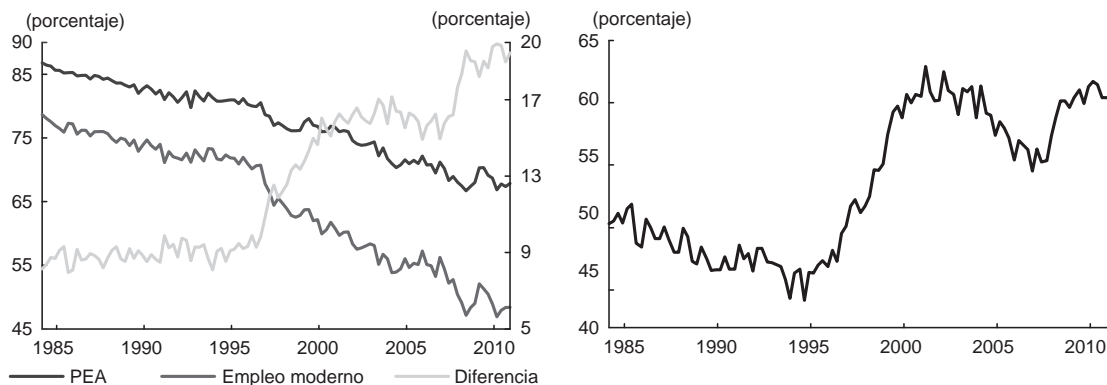
1.5. La distribución del empleo moderno urbano por grandes niveles educativos (sin y con educación superior) no refleja la de la fuerza de trabajo urbana

Así las cosas, la estructura del empleo moderno urbano por grandes niveles educativos (sin y con educación superior) no refleja la de la fuerza de trabajo. Si se limitara a reflejarla no cabría hablar de sesgo. Aunque la importancia de la población sin educación superior en la fuerza de trabajo total ha caído en el largo plazo (80 % en 1996 y 67 % en 2010); su participación en el empleo moderno ha bajado todavía más: 70 % en 1996 y 47 % en 2010 (Gráfico 2.4, panel A). Por eso (Gráfico 2.4 panel B), un porcentaje creciente de la fuerza laboral con educación secundaria o menos (48 % en 1996; 61 % en 2010) engrosa el excedente laboral no utilizable en el sector moderno, el cual está compuesto por el empleo informal más precario y los desempleados.

Gráfico 2.4: Aunque la fuerza laboral urbana sin educación terciaria ha caído un porcentaje creciente de la misma (61 % en la actualidad) conforma el excedente laboral, núcleo del empleo informal más desocupados

A. Participación de la población sin educación superior en la PEA y en el empleo moderno

B. Fuerza laboral excedente sin educación superior: núcleo informal más desempleo



Nota: corresponde a siete ciudades.
Fuente: DANE, encuestas de hogares para siete ciudades.

2. TENDENCIAS DE LA PARTICIPACIÓN LABORAL Y DEL DESEMPLEO

Esta sección se ocupa de algunas tendencias significativas en la participación laboral y en el desempleo. En el largo plazo la participación urbana se ha elevado, pero ha crecido más durante las crisis y menos (o se ha reducido) durante los auges. Este comportamiento de mediano plazo parece haber estado determinado en especial por los miembros secundarios poco educados de los hogares más pobres. Las cifras sugieren (lo cual debiera ser investigado más en profundidad) que, para dar cuenta de ello, hay que recurrir a los dos efectos previstos por la teoría económica:

el efecto ingreso, que asegura que si por persona en el hogar el empleo (o el ingreso) moderno de los jefes se eleva, la participación de los miembros secundarios baja y viceversa, y *el efecto de sustitución*, según el cual si los empleos modernos abiertos se elevan (se reducen), el costo de la inactividad se eleva (disminuye) y la participación de los miembros secundarios de los hogares sube (baja). Por su lado, la tasa urbana de desempleo —que se había disparado con la crisis de la segunda mitad de los años noventa— se volvió a reducir sustancialmente para fines de 2007, aunque no pudo caer por debajo del 10 %. Con la crisis iniciada en 2008 volvió a elevarse moderadamente, y aunque comenzó a caer en el año 2010, no lo ha hecho al ritmo necesario. La evolución reciente del desempleo ha afectado sobre todo a los menos educados, los más pobres y los más jóvenes; actualmente es una de las más elevadas de América Latina. Se muestra también que el desempleo urbano se ha hecho más breve, pero afecta un porcentaje creciente de la fuerza laboral.

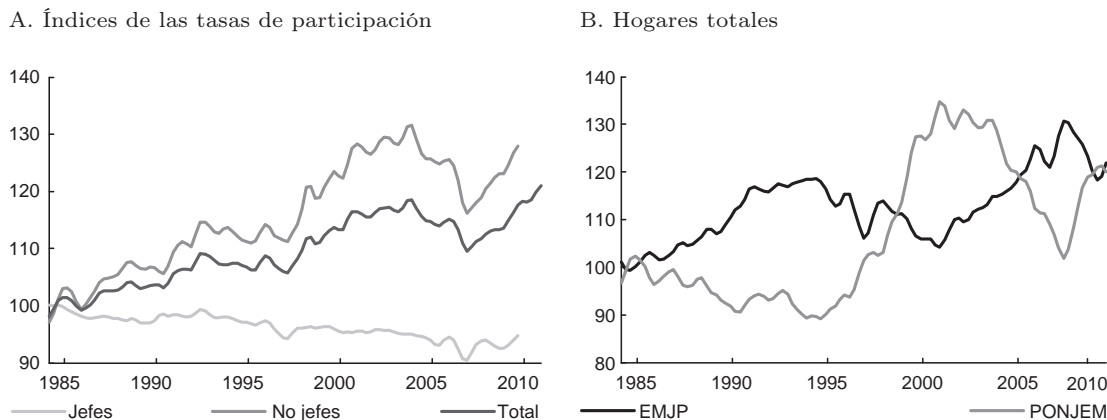
2.1. Tendencias de la participación laboral

La participación laboral urbana ha crecido en el largo plazo: 55,5 % en 1984; 65,3 % en 2003 y 64,6 % en 2009 (véase el Gráfico 2.5, panel A, para el caso de las siete ciudades). La de los jefes de hogar ha sido siempre más alta (84 % en 1984 y 79 % en 2009), pero ha caído tendencialmente; mientras que la de los otros miembros del hogar ha sido más baja, pero ha subido y determina el comportamiento de la tasa total. El alza en la participación femenina (gracias a la mayor educación de la mujer y a una menor tasa de fecundidad) explica en buena parte esa tendencia. Pero la participación crece más durante las crisis (5,7 pp más entre 1996 y 2003; 2,7 pp más entre 2007 y 2009) y crece menos o cae durante los auges (3,1 pp menos entre 2003-2007).

Cuando, por persona en el hogar, el empleo moderno (o el ingreso laboral moderno) de los jefes sube, y el bienestar económico de las familias aumenta, del mercado laboral se retiran sus miembros secundarios, disminuyendo la presión laboral de estos por cada empleo moderno disponible. Fue lo que pasó entre 1984 y 1994-1995 y volvió a pasar entre 2001 y mediados de 2007 (Gráfico 2.5, panel B).

A la inversa, cuando, por persona en el hogar el empleo moderno de los jefes (o los ingresos modernos de estos) caen, las familias vinculan al mercado laboral a sus trabajadores secundarios (cónyuge, hijos o parientes) y elevan la presión laboral por cada empleo moderno disponible.

En el mediano plazo la evolución de la participación laboral está, pues, determinada por dos factores (Tamayo, 2010): a) responde inversamente al empleo moderno (o ingreso moderno) de los jefes por persona en el hogar (se trata del efecto ingreso por el cual si aquel sube, la participación baja, y viceversa) y b) responde directamente a los empleos modernos abiertos en la economía: se trata del efecto de sustitución, por el cual, si los empleos modernos abiertos se elevan (se reducen), el costo de la inactividad se eleva (disminuye) y la participación de los miembros secundarios de los hogares sube (baja).

Gráfico 2.5: Evolución y determinantes de la participación urbana (en siete ciudades)

EMJP: empleo moderno jefes por persona hogar; PONJEM: presión de oferta de no jefes por cada empleo; datos desestacionalizados y suavizados; 1984 = 100

Fuente: DANE, encuestas hogares (siete ciudades); cálculos del Banco de la República, sucursal Medellín. Datos desestacionalizados y suavizados mediante el método Census X-12.

Debe notarse que este comportamiento está determinado principalmente por los miembros secundarios poco educados de los hogares más pobres (la participación laboral de quienes cuentan con algún grado de estudios superiores no resulta sensible al empleo de los jefes de hogar). Significa que el país podría evitar alzas adicionales de la participación laboral (y, por tanto, aumentos adicionales en el desempleo y la informalidad) elevando el empleo moderno de los jefes más pobres de tal manera que sus esposas puedan dedicarse a la atención de los niños, y sus hijos e hijas, al estudio.

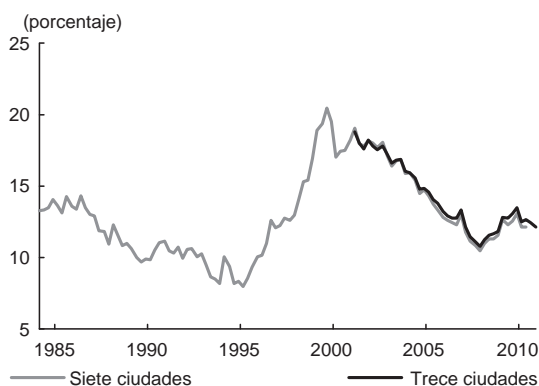
2.2. El desempleo urbano se redujo sustancialmente hasta 2007, pero se elevó con la crisis reciente

La tasa urbana de desempleo (Gráfico 2.6, panel A) había bajado entre 1984 y 1995 y se disparó con la crisis de la segunda mitad de los años noventa, pasando del 9,0% en 1994-1995 a más del 18% en 1999-2001, presentando trimestres con más del 20%. Para el final de 2007 se había reducido sustancialmente (11,8% en las trece ciudades), pero no pudo caer por debajo del 10%. Con la crisis de 2008-2009 volvió a elevarse: 13,5% en el cuarto trimestre 2009 (trece ciudades); y aunque se redujo en el año 2010 (12,1% en el cuarto trimestre), parece resistirse a seguir bajando más. Actualmente es una de las más altas de América Latina.

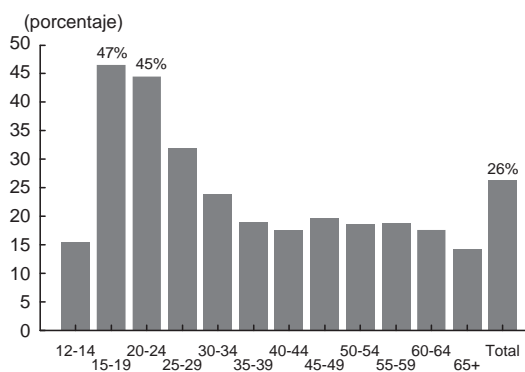
La evolución reciente del desempleo ha afectado sobre todo a los menos educados, los más pobres y los más jóvenes (Gráfico 2.6, panel B). El 71% de los desempleados (trece ciudades; para el año 2010) carece de educación superior; para los jóvenes de 20 a 24 años pertenecientes al 20% más pobre de los hogares el desempleo medio en el año 2010 era del 45%.

Gráfico 2.6: Evolución del desempleo urbano y desempleo 2010 en el quintil 1

A. Tasa de desempleo en 7 y 13 ciudades



B. Tasa de desempleo 20 % más pobre



Fuente: DANE, encuestas hogares (siete ciudades 1984-2010 y trece ciudades 2001-2010); datos desestacionalizados. Panel A: Datos desestacionalizados por trimestre calendario. Panel B: encuestas de hogares trece ciudades, promedio año 2010 (primer quintil del ingreso per cápita).

2.3. Duración del desempleo y tasa de incidencia

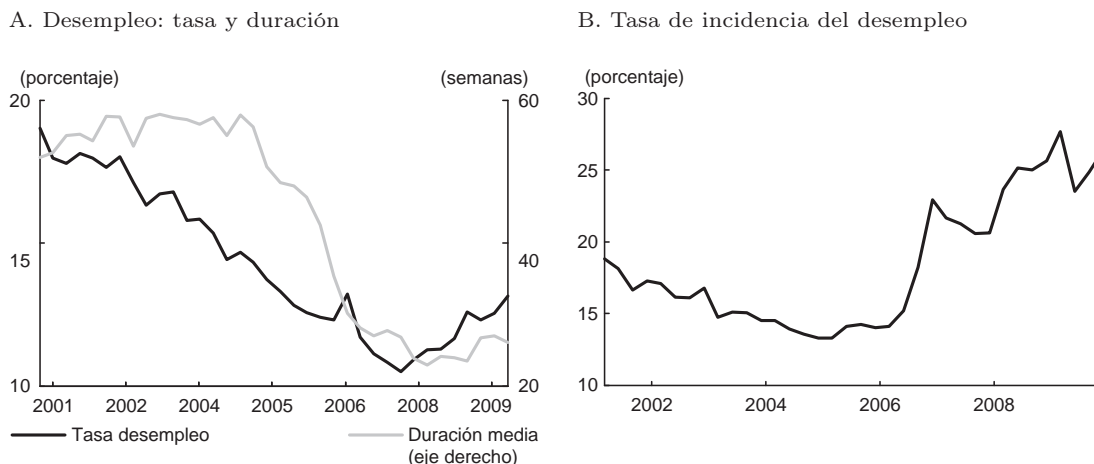
La tasa urbana de desempleo (Gráfico 2.7, panel A), había alcanzado un pico hacia 2001-2002 y se redujo hasta el año 2007, para después volver a elevarse. Por su parte, la duración del desempleo (57 semanas en 2004) bajó a 26 semanas en 2009; estas cifras se refieren a la duración incompleta de la búsqueda; probablemente la duración completa no haya bajado tanto. Con la hipótesis de que nadie repite desempleo en un año, puede calcularse la tasa de incidencia, que mide el porcentaje de la fuerza laboral afectada anualmente (Gráfico 2.7, panel B²): esa tasa pasó del 14 % en 2004-2005 al 26 % en 2009.

Así, como fruto de las elevadas tasas de rotación del personal asalariado (ver sección siguiente), el desempleo se ha hecho más corto pero afecta un porcentaje creciente de la fuerza laboral. Este hecho contiene un mensaje positivo: un seguro de desempleo (sea que se limite a cubrir las cotizaciones a salud y pensiones de los desempleados, o que cubra un porcentaje del último salario de los cesantes) se ha vuelto más urgente y menos costoso³.

² $TI = TD \times 52/D$; donde TI es la tasa de incidencia del desempleo; TD es la tasa de desempleo; 52 (representa las semanas del año), y D es la duración media del desempleo en semanas.

³ Los estudios sobre duración del desempleo en Colombia y la tasa de incidencia del desempleo se iniciaron en los años ochenta (López, 1996); un libro que recoge ensayos de distintas fechas). Algunos autores (Guataquí y García, 2009) los han usado para caracterizar los grupos con mayores probabilidades de entrar o permanecer en el desempleo; otros para hacer propuestas sobre un seguro de desempleo. Las estimaciones de Núñez (2005) acerca de sobrevivencia en el desempleo sirvieron de base a la propuesta elaborada por Reyes (2007) para la Misión contra la pobreza y la desigualdad (López y Nuñez, 2007) sobre un seguro de desempleo restringido a los

Gráfico 2.7: Desempleo en trece ciudades: tasa; duración e incidencia



Nota: los datos corresponden a 13 ciudades, desestacionalizados trimestre calendario
 Fuente: DANE, encuestas hogares (12 ciudades); cálculos del Banco de la República sucursal Medellín. Datos desestacionalizados mediante el método Census X-12. La duración del desempleo informada por los desempleados es “incompleta” pues quienes informan duraciones cortas no han terminado todavía su búsqueda.

3. EL PROBLEMA RURAL NO ES EL DESEMPLEO SINO LA POBREZA

Aunque este ensayo está centrado en el mercado laboral urbano, esta sección pone de presente algunas tendencias gruesas para el caso rural, que develan que en este caso el problema laboral no estriba en el desempleo sino en la baja calidad de la ocupación y, por tanto, en la pobreza de la población campesina.

Frente a la población en edad laboral, el empleo rural total no ha variado en el largo plazo (53,7% en 1992 y 53,1% en 2002 y en 2010). Y en esta década, para la cual hay expansiones poblacionales actualizadas, lo ha hecho muy poco en términos absolutos: 4.289.000 en 2001 y 4.346.0000 en 2010.

Por el lado del empleo asalariado, el DANE incluía hasta 2000, no solo los obreros y empleados sino también los jornaleros que son trabajadores muy pobremente remunerados (59% bajo el mínimo diario en el primer semestre de 2010); ahora desde 2001 distingue entre obreros y empleados, y jornaleros (Gráfico 2.8, panel A).

- Incluyendo los jornaleros, el empleo asalariado rural cayó entre 1992 (24,8% de la PET) y 2001 (18,6%); después osciló, alcanzando un pico en 2003 (21,1%) y otro en 2007 (22,2%). La coyuntura reciente lo redujo a su mínimo nivel desde 1992 (18,1% en 2010).

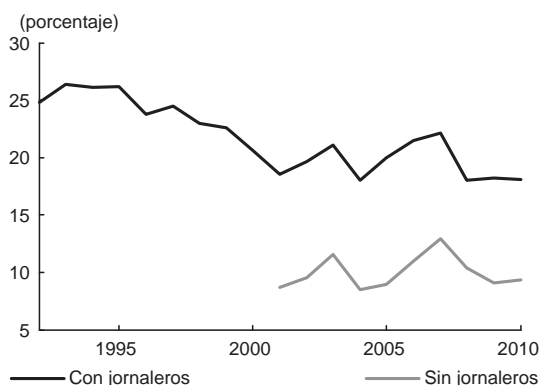
jefes de hogar cesantes y financiado con aportes de los trabajadores, cajas de compensación y recursos públicos. Más recientemente, Tenjo (2010) ha propuesto un seguro de desempleo basado en el sistema de cuentas individuales complementado con un fondo solidario.

- Sin jornaleros la cifra del empleo asalariado en 2010 es todavía más baja (9,3 % de la PET y 34,1 % del empleo rural total).

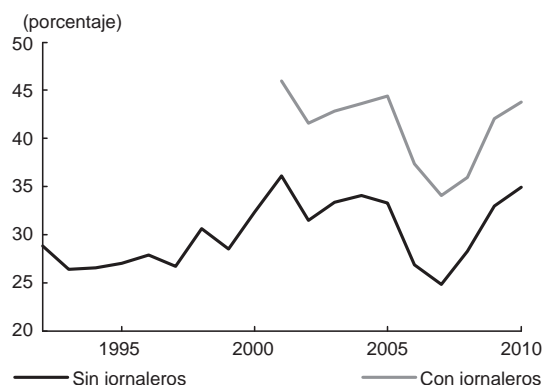
En cambio, el empleo no asalariado se elevó considerablemente en la década pasada y solo se redujo temporalmente en 2006-2007, antes de volver a crecer en 2008-2010 (Gráfico 2.8, panel B).

Gráfico 2.8: Zonas rurales: empleo, desempleo e ingreso de los ocupados

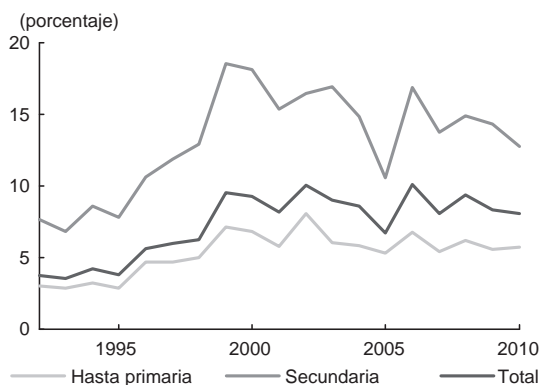
A. Zonas rurales: empleo asalariado con y sin jornaleros



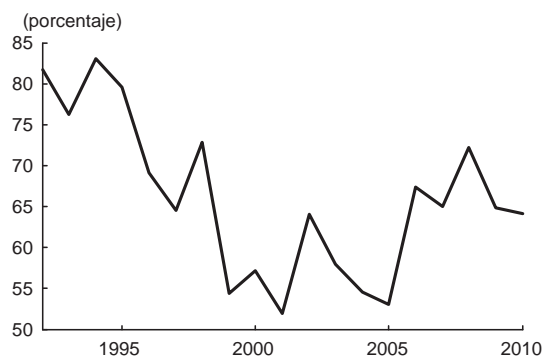
B. Zonas rurales: empleo no asalariado con y sin jornaleros



C. Tasa de desempleo rural por educación



D. Ingresos mes ocupados porcentaje del salario mínimo



Nota: porcentaje de la PET rural tercer trimestre de cada año.
Fuente: DANE, encuestas nacionales de los terceros trimestres.

- Excluyendo jornaleros, ese empleo pasó del 27,2 % de la PET entre 1992-1997 al 32,5 % (1998-2005) y después de reducirse hasta 2007 (24,6 %), se elevó en 2008-2010 (35,0 %).
- Incluyendo jornaleros, el empleo no asalariado, muy precario, resulta mucho mayor: 35,9 % de la PET en 2008 y 43,8 % en 2010, cuando representó el 65,9 % del empleo rural total.

Así las cosas, el problema laboral rural no estriba en el desempleo sino en la baja calidad de la ocupación y, por tanto, en la pobreza de la población campesina.

La tasa de desempleo rural (Gráfico 2.8, panel C) se elevó durante la segunda mitad de los años noventa: de 3,8 % en 1992-1995 al 9,6 % en 1999. Desde entonces ha oscilado sin tendencia definida alrededor de una media del 8,5 % (para 2010 fue del 8,1 %). El desempleo de los campesinos con educación primaria o menos, que también se ha elevado frente a 1992-1995, ha sido en los últimos años muy bajo (6,1 %), un nivel friccional. En cambio el desempleo con educación secundaria ha sido mucho más alto (14,7 % en la década de los noventa, y 12,7 % en 2010); y en la actualidad representa el 46,5 % del desempleo total rural; se trata principalmente de jóvenes con estudios secundarios incompletos o completos que no quieren trabajar la agricultura y que no encuentran empleo por fuera de ella.

Los ingresos medios de los trabajadores rurales (Gráfico 2.8, panel D) han sido tradicionalmente muy bajos. Habían sido cercanos al 80 % del salario mínimo entre 1992 y 1994; cayeron entre 1995-2005 (53 % del mínimo en este último año); se recuperaron entre 2005-2008 (72 % del mínimo) y han vuelto a bajar recientemente (64 % del mínimo en 2010). Esta última cifra contrasta con el ingreso medio de los trabajadores de las cabeceras municipales (1,6 salarios mínimos en el tercer trimestre de 2010).

El comportamiento del empleo moderno y de los ingresos dan cuenta de la evolución que ha experimentado la pobreza en el campo, tanto la total como la extrema (Gráfico 2.9). Ambas se elevaron entre 1995 y 1999-2002. La pobreza rural bajó 5,0 pp entre 2002-2009; pero en este último año seguía siendo del 64,3 %. Por su lado, la pobreza extrema campesina, que venía cayendo desde 1999, volvió a elevarse entre 2005-2009 (1,7 pp), hasta situarse en 29,1 %. Ambas cifras son inaceptables. En 2009 en las zonas rurales había 6.767.000 pobres (el 34 % de los pobres nacionales) y 3.060.000 personas en extrema pobreza (el 43 % de los indigentes nacionales).

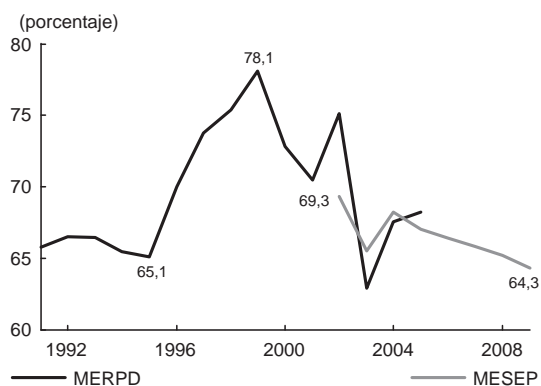
Por eso, es preciso vincular a los campesinos más pobres (que hoy siguen viviendo en la edad media), a los mercados interno y externo; para ello hay que promover el desarrollo rural, abriendo esa economía, dejar de proteger algunos pocos cultivos intensivos en capital y movilizar, como lo han hecho los chinos, el excedente de mano de obra a la construcción de vivienda e infraestructura mediante un programa masivo (v.g. mediante el nuevo plan de reconstrucción del desastre invernal) que vincule en especial a miembros de las familias de la Red Unidos.

4. TRABAJADORES INFORMALES: DEMANDA POR SUS SERVICIOS Y DETERMINANTES DE SUS INGRESOS

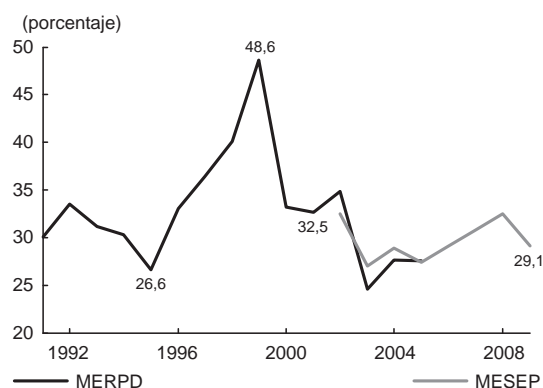
Esta sección presenta algunas hipótesis sobre la naturaleza de la demanda por servicios informales (las cifras sugieren que es de calidad inferior y de una elasticidad-ingreso muy baja) y sobre los determinantes de sus ingresos reales (salario moderno no calificado y tasa de desempleo).

Gráfico 2.9: Evolución de la pobreza y la extrema pobreza rurales

A. Estimaciones de la pobreza rural



B. Estimaciones de la extrema pobreza rural



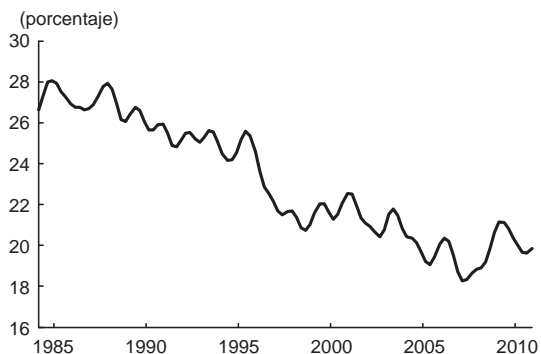
Fuentes: Misión para el diseño de una estrategia contra la pobreza y la desigualdad (MERPD), y Misión para el empalme de las series de empleo, pobreza y desigualdad (MESEP).

4.1. Demanda por servicios informales: son de baja calidad

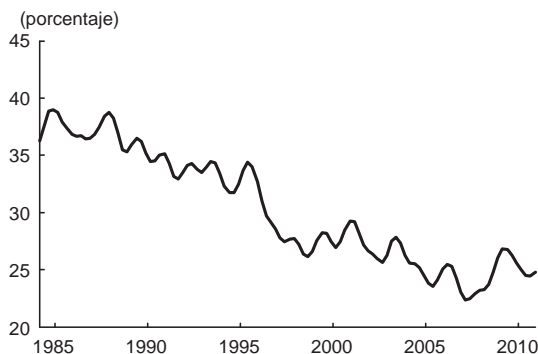
La participación de los ingresos informales en el total de los ingresos laborales (Gráfico 2.10, panel A) y en la masa de ingresos modernos (panel B) ha caído en el largo plazo. La primera bajó de un promedio del 27% en 1984-1989 a uno del 20% en 2010; la segunda lo hizo del 37% al 25%. Ello revela que los servicios ofrecidos por los trabajadores informales son de segunda calidad y poseen una muy baja elasticidad-ingreso.

Gráfico 2.10: Participación de la masa de ingresos informales en la masa de ingresos laborales totales y modernos

A. Ingresos laborales



B. Ingresos laborales modernos



Nota: los datos corresponden a siete ciudades, desestacionalizados y suavizados.

Fuente: DANE, encuesta de hogares; cálculos Banco de la República, sucursal Medellín. Datos desestacionalizados y suavizados mediante Census X-12 (tendencias cíclicas).

Ejercicios econométricos realizados por Tamayo (2011), basados en datos de un panel balanceado para las trece principales ciudades (primer trimestre 2001 a segundo trimestre 2010), sugieren que la elasticidad de la demanda de servicios informales a la masa de ingresos modernos calificados es muy baja (0,10) y que frente a la masa de ingresos modernos no calificados es cero.

4.2. Conexión entre los sectores formal e informal: determinantes de los ingresos reales por trabajador informal

La fuerza laboral excedente poco educada (la que no puede ser absorbida en el sector moderno) debe escoger entre dos males: desempleo e informalidad. En principio (regla de Harris-Todaro) elige esta última si el ingreso real informal es mayor que el salario esperado no calificado moderno. Este último es el producto del salario de mercado por la probabilidad de conseguirlo (1 menos la tasa de desempleo asalariada para el personal no calificado). Escogería el desempleo si el salario esperado en el sector moderno es mayor que el ingreso informal real.

El Gráfico 2.11 (panel A) muestra para el caso de las siete ciudades principales de Colombia, el comportamiento del salario real de mercado para el trabajo moderno no calificado y el del desempleo asalariado no calificado, encontrando que:

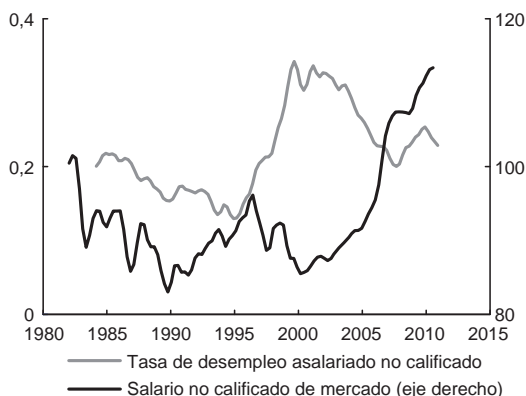
- El salario real del mercado no calificado se redujo entre 1984 y 1992; se elevó (como fruto de las reformas laborales) entre 1993 y 1999; luego, con la crisis se derrumbó hasta 2005. Entre 2006-2007 creció considerablemente antes de estabilizarse en 2008-2010.
- El desempleo asalariado no calificado se define como el desempleo no calificado *vs.* la fuerza laboral asalariada no calificada (ocupados asalariados + desempleados). Esta variable se disparó en la segunda mitad de los años noventa y luego se redujo hasta 2007, desde entonces volvió a elevarse.

El panel B de dicho gráfico muestra el comportamiento del ingreso informal real y del salario esperado real para el trabajo moderno no calificado sin educación superior. Entre 1984-1999 el ingreso informal real estuvo por encima del salario esperado (7,8% en promedio); de 2000 a 2007 estuvo por debajo (-7,2% en promedio), y luego la brecha se ha ampliado: -19,5% en 2010. Con todo, la asombrosa coincidencia que, durante la mayor parte de ese período, ha mostrado el comportamiento del ingreso informal real con el del salario moderno esperado real sin educación superior, pone en duda la tesis de la segmentación laboral entre trabajo asalariado y cuenta propia sostenida por algunos autores (Santamaría, García y Mujica, 2011).

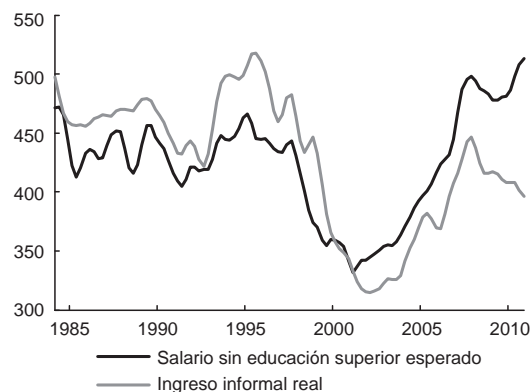
Tamayo (2011) trató de separar los efectos del salario no calificado de mercado y del desempleo sobre el ingreso informal. Sus ejercicios econométricos, basados en datos de un panel balanceado para las trece principales ciudades (primer trimestre de 2001 a segundo trimestre de 2010), sugieren que, en los años recientes la elasticidad del ingreso informal real al salario moderno no calificado es de 0,23 y que su elasticidad a la probabilidad de conseguir un empleo asalariado es de 0,31.

Gráfico 2.11: Salario moderno no calificado, desempleo asalariado no calificado e ingreso informal real (siete ciudades)

A. Salario no calificado (1984 = 100) y tasa de desempleo asalariado no calificada (porcentaje)



B. Ingreso informal y salario moderno real esperado sin educación superior (miles de pesos diciembre 2010)



Nota: datos destacionalizados y suavizados.

Fuente: DANE, encuesta de hogares; cálculos Banco de la República, sucursal Medellín. Datos destacionalizados y suavizados mediante Census X-12 (tendencias cíclicas). La tasa salariada de desempleo para el personal no calificado es el cociente entre el desempleo y la suma del desempleo y el empleo asalariado. Los datos de salarios reales (panel B) son las medianas trimestrales.

5. EFECTOS DE LAS TENDENCIAS LABORALES DE LARGO PLAZO

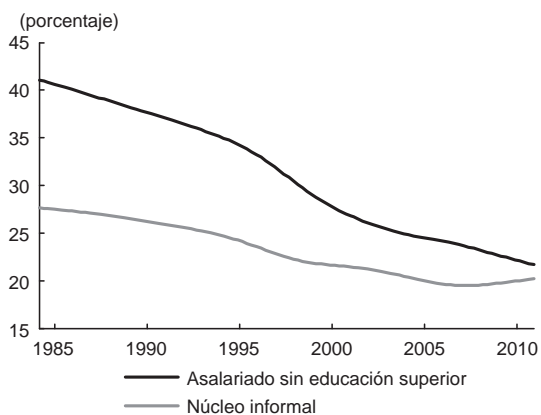
Esta sección examina cuatro impactos básicos que han tenido las tendencias de largo plazo experimentadas por el mercado laboral urbano. Primero: la participación decreciente de los trabajadores sin educación superior en los ingresos laborales y en el mercado y el alza tendencial de la parte correspondiente a los trabajadores más educados. Segundo: elevada rotación del personal asalariado poco educado y discriminación de los más pobres en los enganches anuales de personal. Tercero: ciclo de vida laboral para los trabajadores urbanos menos educados, quienes de jóvenes comienzan trabajando como asalariados, son objeto de una elevada rotación y experimentan tasas altas de desempleo, y terminan su vida productiva trabajando como independientes en empleos informales. Cuarto: impactos sobre la seguridad social. La protección social en salud ha avanzado considerablemente, pero no gracias al régimen contributivo, pues el porcentaje de los trabajadores modernos en el empleo nacional no ha podido recobrar sus niveles de mediados de los años noventa, aunque, si lo ha hecho, ha sido gracias al régimen subsidiado. Como los informales no cotizan para pensiones, hacia el futuro el Estado colombiano tendrá a su cargo el sostenimiento de una masa importante de personas que no tomaron ninguna medida para sostenerse en su vejez.

5.1. Participación decreciente de los trabajadores sin educación superior en los ingresos laborales y en el mercado

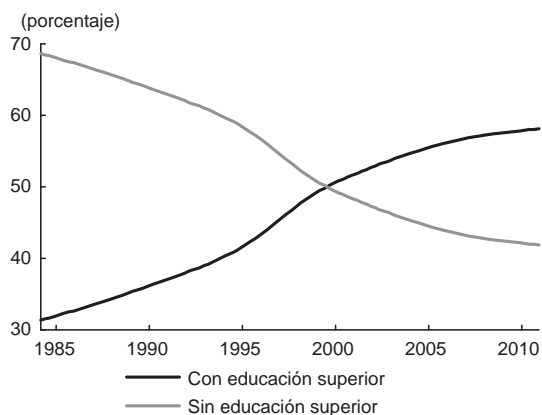
Entre 1984 y 2010 la parte de los asalariados sin educación superior en la masa urbana de ingresos laborales bajó del 41 % al 21 % y la de los trabajadores vinculados al núcleo duro del sector informal del 28 % al 20 % (Gráfico 2.12, panel A). En su conjunto (Gráfico 2.12, panel B) la parte de los trabajadores sin educación superior (modernos e informales) cayó en esos 27 años del 68 % al 41 %. Visto a la inversa ello significa que, con el alza tendencial del empleo moderno para los trabajadores más educados de altas remuneraciones, se ha elevado la parte de los mismos en la masa urbana de ingresos laborales: 32 % en 1984 para las siete ciudades, 41 % en 1995 y 59 % en 2010.

Gráfico 2.12: Participación de los trabajadores, con y sin educación superior, en la masa de ingresos laborales (siete ciudades)

A. Participación del empleo sin educación superior en la masa total de ingresos laborales



B. Participación del empleo con y sin educación superior en la masa de ingresos laborales modernos



Nota: los datos corresponden a siete ciudades: porcentaje suavizado con el filtro de Hodrick y Prescott
Fuente: DANE, encuesta de hogares; cálculos Banco de la República, sucursal Medellín. Con base en, datos desestacionalizados y suavizados mediante Census X-12 (tendencias cíclicas).

El país ha desarrollado, pues, una clase media urbana que alimenta el mercado interno de bienes y servicios de consumo, cuya dinámica se ha desligado de la suerte de las clases populares.

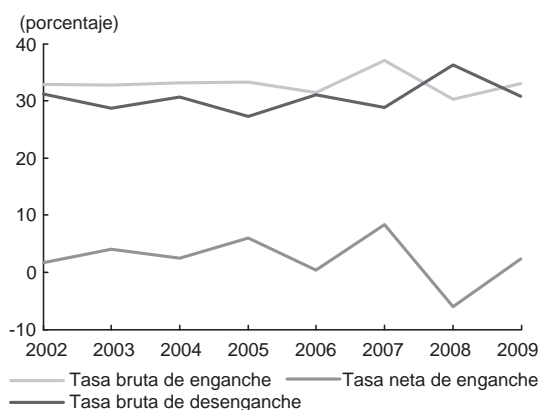
5.2. Elevada rotación del personal asalariado poco educado y discriminación de los más pobres en los enganches anuales de personal

La rotación anual de personal asalariado ha sido muy elevada en Colombia (Gráfico 2.13, panel A). La tasa anual bruta de enganches (el cociente entre los asalariados con menos de un año en la empresa y los asalariados totales del año anterior) fue en promedio 33,0 % en 2002-2009, la tasa bruta de desenganches de 30,6 % y

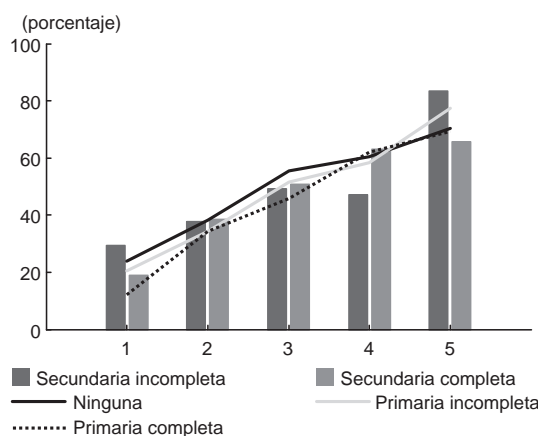
la de rotación (la semisuma de las dos anteriores) del 31,8%⁴. Durante 2007, un año de intensa generación neta de empleo asalariado (8,3%), esas tasas fueron del 37,1%, 28,8% y 32,9%, en su orden. Y durante 2008, un año de destrucción neta de empleo (-6,0%), fueron respectivamente de 30,3%, 36,3% y 33,2%; incluso durante este año los enganches brutos de asalariados superaron los dos millones en las cabeceras municipales.

Gráfico 2.13: Obreros y empleados asalariados en las cabeceras municipales: tasas anuales de enganche y desenganche 2002 a 2009; los enganches discriminan contra los más pobres

A. Obreros y empleados asalariados en cabeceras: tasas anuales de enganches y desenganches (porcentaje del empleo del año anterior)



B. Cabeceras 2009: oferta enganchada por cuantiles del ingreso PC y educación (enganches vs. enganches más desempleos)



Fuente: DANE, encuestas de hogares (segundos trimestres de cada año); cálculos del Banco de la República, sucursal Medellín. Tasa anual bruta de enganches: asalariados con menos de un año en la empresa vs. asalariados totales del año anterior; tasa anual neta de enganches: variación anual en el empleo; tasa anual bruta de desenganches: tasa de enganches más tasa neta de enganches.

Como era de esperar, la tasa de rotación fue particularmente elevada para los obreros y empleados sin educación superior (37,0% en 2002-2009) y mucho más moderada para quienes cuentan con educación superior, sobre todo completa (16,5%).

Cuando los enganches asalariados anuales brutos se calculan como porcentaje de la oferta (enganchados más desempleados), resulta claro que los más pobres son discriminados en todos los niveles educativos (Gráfico 2.13, panel B). En el caso de la secundaria incompleta por ejemplo esos porcentajes de absorción durante

⁴ Esas cifras resultarían mucho más elevadas si se definieran los enganches anuales como los asalariados con un año o menos en la empresa. Castañeda, Medina, Núñez y Tamayo (2011), utilizan la base de la planilla integral de liquidación de aportes (PILA) de cotizantes a salud por empresas y fechas precisas de afiliación y desafiliación (cerca de ocho millones, casi todos trabajadores formales) compilada por el Ministerio de la Protección Social. Encuentran que, en Colombia, las tasas anuales de “aumento” de empleos (tasa bruta de enganches) y de “separación” (tasa bruta de desenganches) en 2010 eran del orden de 60% y 65%. Para México en 2001 las mismas cifras fueron de 40% y 45%, respectivamente.

el año 2009 fueron de 20,6 % (quintil 1); 34,3 % (quintil 2), 77,4 % (quintil 5). Es evidente que, además de educación, los más pobres necesitan de una estrategia que les garantice acceso preferente a los nuevos empleos asalariados que se abren cada año: por un lado información, pues no saben cómo buscar empleo ni dónde están las plazas vacantes, y por otro aprestamiento laboral⁵.

5.3. El ciclo de vida laboral

Los trabajadores urbanos que carecen de estudios superiores (que es algo que se define con claridad desde los 20-24 años) han estado sometidos tradicionalmente a un ciclo laboral de vida: los jóvenes comienzan trabajando como asalariados; son objeto de una elevada rotación (véase sección anterior) y experimentan tasas altas de desempleo; finalmente, terminan su vida productiva ocupados como independientes en empleos informales y aunque con tasas de desempleo menores.

Con el cambio técnico ahorrador de mano de obra poco educada, ese ciclo de vida se ha venido acentuando con el tiempo (menor grado de *salarización* y mayor desempleo para los jóvenes; mayor informalidad para los adultos), y se agudizará más hacia el futuro (Gráfico 2.14, panel A).

- En 1996 el 62 % de los jóvenes urbanos de 20-24 años carentes de educación superior y participantes en el mercado laboral ocupaba empleos asalariados; un 19 % estaba desempleado y otro 19 % trabajaba en empleos no asalariados informales. Para el año 2010 el empleo asalariado había caído (52 %) y la informalidad aumentado (27 %), lo mismo que el desempleo (21 %).
- Para los situados entre 40-44 años, los empleos asalariados representaban el 50 % de la fuerza laboral en 1996 y apenas el 39 % en 2010; los empleos informales no asalariados pasaron en esos 15 años del 43 % al 53 % y el desempleo del 7 % al 8 %.
- Para los situados entre 60-64 años la comparación 1996-2010 muestra también una caída del empleo asalariado y un alza de la informalidad y del desempleo.

5.4. Impactos sobre la seguridad social

Esa tendencia de largo plazo genera cargas sociales onerosas presentes y futuras para la sociedad:

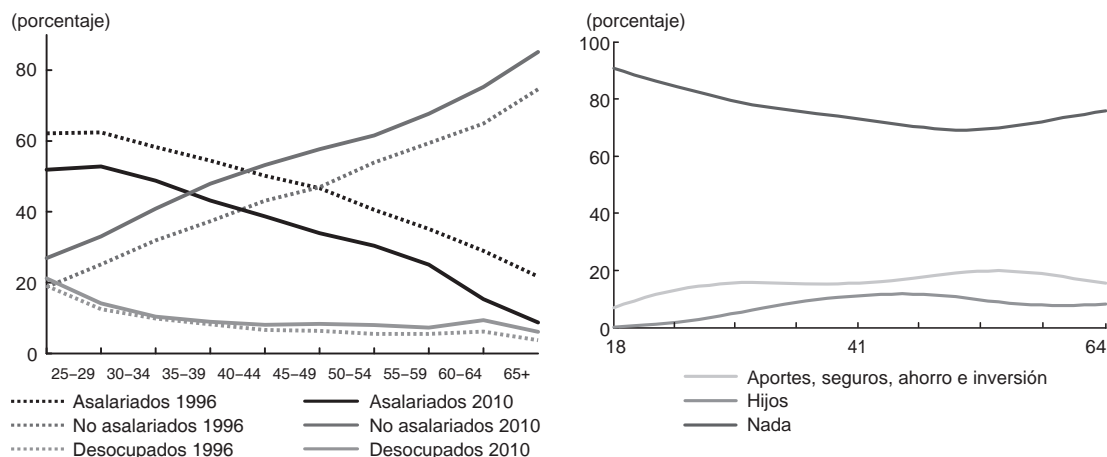
La primera es el costo de la protección social en salud. Es evidente que la afiliación ha avanzado de manera muy importante: según las encuestas de calidad de vida del

⁵ La simple transferencia a las familias más pobres de subsidios condicionados a la asistencia escolar y a los chequeos médicos de los hijos (Familias en Acción) no basta. Núñez (2010) ha mostrado que los subsidios monetarios provenientes de diversas fuentes solo reducen la pobreza extrema en 1,5 pp. Los más pobres necesitan una atención integral (brindada por la actual Red Unidos) y necesitan empleo moderno. Para que se puedan “graduar”, y dado que (como acabamos de ver) están discriminados en el acceso al empleo moderno, hay que diseñar una estrategia similar a Empleo en Acción, de comienzos de esta década.

Gráfico 2.14: El ciclo de vida laboral que, con la edad, lleva a los menos educados a la informalidad, se ha acentuado con el tiempo. Como los informales no cotizan, no se van a pensionar nunca

A. Ciclo de vida laboral PEA sin educación superior, 1996 y 2010, siete ciudades (porcentaje de la PEA de cada edad)

B. Cabeceras: No asalariados sin educación superior. Que hace para mantenerse en la vejez (porcentaje de respuestas)



Fuente: Panel A: con base en las encuestas trimestrales del DANE para siete ciudades. Panel B: Gran encuesta integrada de hogares, tercer trimestre de 2007 (cabeceras municipales; datos suavizados); cálculos de Banco de la República sucursal Medellín.

DANE ha pasado del 23,7 % en 1993 al 57,2 % en 1997, al 61,5 % en 2003 y al 86 % en 2008; la cifra actual resulta más alta consultando datos institucionales. Pero no ha avanzado gracias al régimen contributivo, pues el porcentaje de los trabajadores modernos en el empleo nacional se redujo considerablemente durante la segunda mitad de los años noventa, y a pesar del alza registrada entre 2002 y 2007, no pudo nunca recobrar sus niveles de precrisis: 57 % en 1996-1997; cerca del 47 % entre 2003 y 2005, y 48 % en 2008. Esta dinámica se debió principalmente al régimen subsidiado: el 87 % del incremento producido entre 2003 y 2010 en la afiliación, régimen que, según el DANE, cubre hoy el 52 % de los afiliados.

La segunda carga es el costo de la protección en la vejez. La gran encuesta integrada de hogares pregunta a los ocupados “¿Qué está haciendo usted actualmente para mantenerse económicamente en su vejez?”. La escogencia de la respuesta *no está haciendo nada* es particularmente elevada para los trabajadores urbanos no asalariados sin estudios superiores (el núcleo del sector informal): comienza siendo del 90 % para los muy jóvenes, alcanza un mínimo cercano al 70 % entre 48-54 años y vuelve subir en edades más avanzadas (Gráfico 2.14, panel B). Esta última cifra sugiere que, hacia futuro, el Estado colombiano tendrá a su cargo el sostenimiento de una masa muy considerable de personas que no tomaron ninguna medida para sostenerse en su vejez.

Los efectos, buenos o malos, de la reciente reforma al sistema de salud tardarán un par de años para hacerse evidentes. En cuanto al sistema pensional, se

requiere un cambio de fondo y no solo de modificaciones paramétricas (edades, cotizaciones) exigidas por las nuevas tablas de mortalidad y supervivencia de rentistas (Resolución 155 de la Superfinanciera, de julio de 2010). Al respecto el país puede escoger entre dos propuestas que podrían ser examinadas por una Misión Especial.

- La primera, es la de la Misión contra la pobreza y la desigualdad: un fondo popular voluntario de ahorro para la vejez (Helmsdorff, 2007) avalado después por el estudio técnico del proyecto Social Safety Net con el Banco Internacional de Reconstrucción y Fomento (2008) e incluido en Ley 1328 de reforma financiera. Permite a personas de escasos recursos que hayan realizado ahorros, recibir beneficios económicos periódicos inferiores al salario mínimo legal. Desde entonces, nada o poco se ha hecho para reglamentar esta ley.
- La segunda (Ministerio de Hacienda de Chile, 2009) es la solución chilena: la recomendada por el Consejo Asesor Presidencial para la reforma provisional, creado en 2006 y dirigido por Mario Marcel y que se plasmó en la creación de un nuevo pilar solidario (obligatorio) para atender la vejez de los más pobres e informales con una pensión básica universal de US\$140 mensuales, con subsidios que decrecen con el monto de las cotizaciones y que se eliminan para pensiones proyectadas mayores de US\$370 mensuales.

6. EL PAPEL DEL SALARIO MÍNIMO

La sustitución del empleo moderno poco educado por el más educado es, en buena parte, fruto de tendencias internacionales, pero las políticas nacionales, en particular la política del salario mínimo, seguramente las han acentuado. Queda mucho por hacer en materia de investigación para esclarecer las responsabilidades relativas que tienen los factores externos y los internos en este cambio técnico; en espera de los mismos, en esta sección nos limitaremos a presentar evidencias sobre el papel que puede haber desempeñado el salario mínimo. En todo caso, se evidencia que este no ayuda a los más pobres y perjudica la generación de empleo moderno no calificado.

6.1. Evolución histórica

Tomando como base el año 1995 (índice = 100) y usando el índice de precios al consumidor (IPC) como deflactor, que constituye una medida de su poder de compra para el trabajador, el salario mínimo real, que había permanecido estable entre 1995 y 1998, se elevó rápidamente desde 1999; el rebote inflacionario de 2008 lo hizo caer ligeramente y la desaceleración de la inflación de 2009-2010 lo volvió a incrementar de nuevo. Si se toma como deflactor el índice de precios del productor (IPP) (una medida del costo directo del mismo para el empresario) el salario mínimo se ha elevado más y de manera continua. Para el año 2010 los

índices anuales medios eran ya de 123,9 (según el IPC) y de 141,3 (según el IPP) (véase el Gráfico 2.15, panel A).

No obstante, un trabajador que devengue el mínimo legal tiene asociados otros costos para el empresario: se trata de los salarios indirectos por concepto de vacaciones y otras prestaciones sociales (prima legal, auxilio de transporte, vestuario y calzado, cesantías e intereses a las mismas) y por concepto de seguridad social (salud, pensiones, riesgos profesionales) y parafiscales (Servicio Nacional de Aprendizaje (SENA), cajas de compensación y accidente de trabajo y enfermedad profesional (ATEP), los cuales se han elevado: 66,3 % en 1995, 70,8 % en 2010 (véase Gráfico 2.15 panel B). El auxilio de transporte ha pasado del 9,1 % al 11,9 % (y entra en la base de liquidación de las cesantías), la seguridad social a cargo patronal pasó del 20,1 % al 22,5 %, aunque los parafiscales no han cambiado (9 %). Debido a ello, el costo total (deflactado por el IPC) ha pasado de 100 a 127,2 entre 1995 y 2010 y deflactado por el IPP de 100 a 145,0 (Gráfico 2.15, panel C).

Pero si usando el IPC (Gráfico 2.15 panel D) ni el salario mínimo ni el auxilio de transporte hubieran subido en términos constantes, y si hubieran conservado su valor real de 1995, los salarios indirectos no hubieran subido considerablemente, solo del 66,3 % al 67,0 %, y el costo total apenas habría aumentado 1,4 % desde 1995⁶.

6.2. Comparación con otros países

Esta evolución ha hecho que (frente al PIB per cápita mensual) el salario mínimo mensual vigente en Colombia (60 %) haya sido, como promedio en esta década (Gráfico 2.16, panel A), sustancialmente mayor que en México (20 %), Brasil (31 %), Chile (38 %) y Argentina (45 %, y eso a pesar de que este país lo ha elevado recientemente). También resulta mucho mayor (Gráfico 2.16, panel B) que el de algunos países desarrollados como España y los Estados Unidos (quienes comparten 30 %) y Reino Unido (42 %).

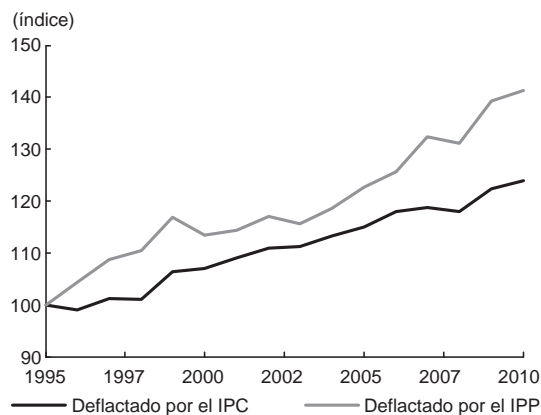
La comparación de la evolución salarial real de Brasil y de Colombia en esta década resulta bastante ilustrativa.

- El salario mínimo real en Brasil se elevó considerablemente desde 2005. Tomando como punto de comparación el valor de 2002 (100), a finales del 2010 era 156 en ese país y en Colombia fue de 111,4 (Gráfico 2.17, panel A).

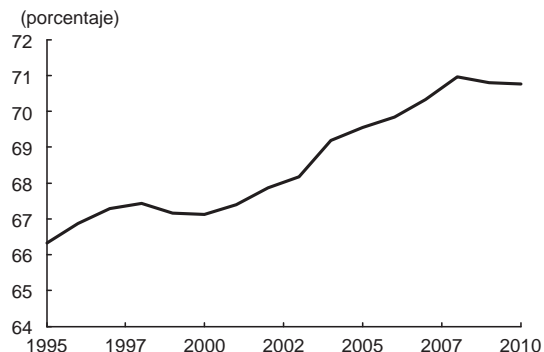
⁶ Ello no significa que los salarios indirectos (o los “costos no salariales”) no tengan impacto sobre la creación de empleo moderno no calificado (Santamaría, García y Mujica, 2009), sino que no es tan importante como se piensa y que la influencia del salario mínimo es mucho mayor. De hecho, las estimaciones realizadas con modelos de equilibrio general (López, 2002; Botero, 2007 y 2010) sugieren que la supresión total de los parafiscales (9 % del salario mínimo) podría generar el equivalente actual de unos 200.000 empleos asalariados, casi todos no calificados; la nueva forma de financiar las cajas de compensación familiar, el SENA y el Instituto Colombiano de Bienestar Familiar (ICBF) puede cambiar en algo esa cifra. Ese impacto debe ser sustancialmente menor si se trata no de una supresión general sino de una reducción marginal por cada nuevo empleo creado (Ley 1429 de 2010). Este tipo de reformas solo tendrían sentido si, paralelamente, el salario mínimo real se estabiliza. Esta última política resulta en el largo plazo mucho más importante.

Gráfico 2.15: Salario mínimo real (deflactado con el IPC y el IPP) y costo total para el empresario

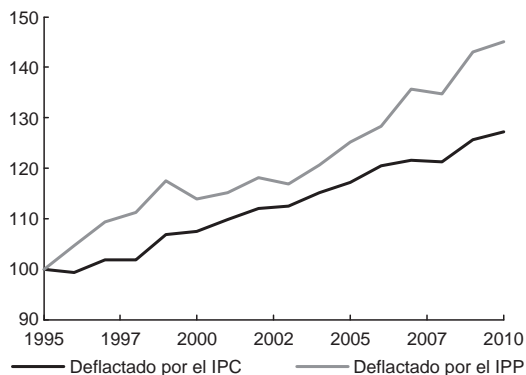
A. Salario mínimo real deflactando con el IPC y con el IPP



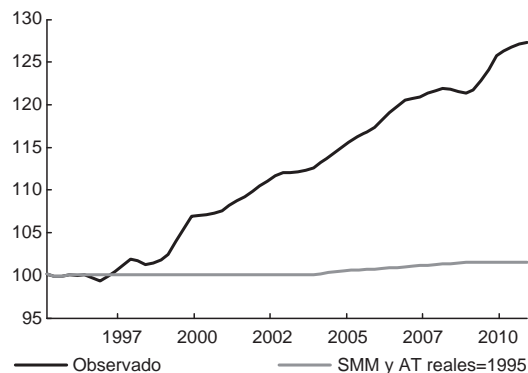
B. Salarios indirectos (porcentaje del salario mínimo) promedio 4 trimestres de cada año



C. Costo total real para el empresario de un trabajador que devenga el mínimo (promedio anual en diciembre de cada año)



D. Costo total patrono en 2 escenarios (promedios 4 trimestres previos)

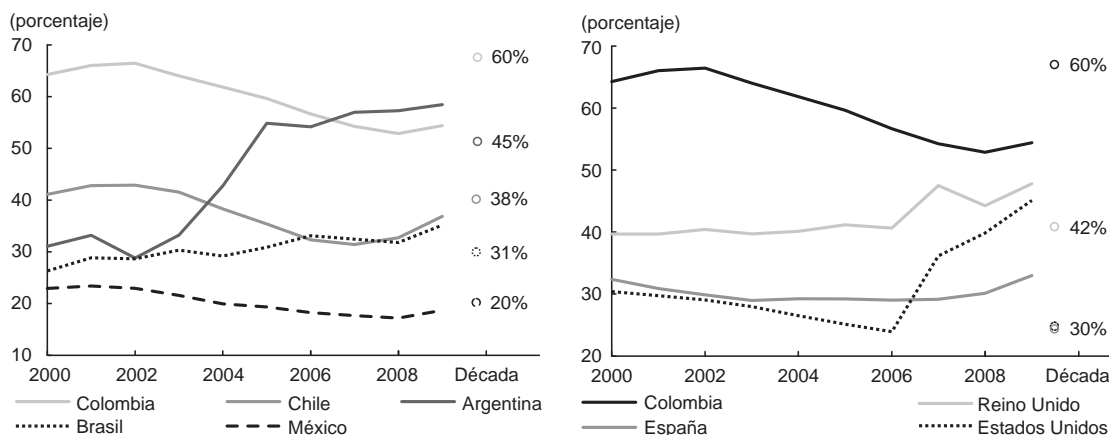


Notas: Panel A: salario mínimo legal mensual deflactado por el IPC e IPP promedio anual en diciembre de cada año y desenganches 1995 = 100. Panel B: los cálculos han sido hechos para un trabajador que se gane el mínimo mensual, labore de tiempo completo en jornada ordinaria todo el año (no hay recargos por horas extras), no esté en el régimen de retroactividad de cesantías ni dé lugar a reemplazo durante las vacaciones. 1) *Los dominicales y festivos* están incluidos en el mínimo mensual; 2) *Vacaciones*: 15 días/12 meses vs. el SM. 3) *Prima de servicios*: 30 días/12 meses, vs. el SM; 4) *Cesantías ordinarias*: 1 mes/12 meses, vs. SM + auxilio de transporte; Intereses a las cesantías: 12% anual = 1% mensual sobre el SM; 5) *Vestuario y calzado*: tres juegos anuales; el valor estimado de cada juego varía, asumimos que en diciembre 2007 era: \$80.000 (camisa, pantalón y zapatos); mensualizado el costo era de \$20.000; se ajustó hacia atrás con el IPC, pero se podría utilizar el de vestuario; 6) *Cotización patronal a salud*: el porcentaje y la base han cambiado con el tiempo; hoy son el 8,5% vs. el SM; 7) *Cotización patronal a pensiones*: porcentaje y base han cambiado con el tiempo; hoy son el 12% vs. el SM; 8) ATEP: la base ha cambiado con el tiempo (hoy se liquida sobre el SM); supusimos una tasa del 2% (ANIF le pone 4,5%); 9) *Parafiscales*: ni la base ni la tasa han cambiado desde la Ley 100 de 1993; se trata del 4% (Cajas), 2% (SENA) y 3% (ICBF). Panel C: costo total para el empresario (incluyendo salarios indirectos) deflactado por el IPC y por el IPP 1995 = 100. Panel D: la línea **roja** es el costo observado total para el empresario (deflactado por el IPC); la negra el costo total para el empresario calculado con el mismo régimen observado de salarios indirectos si el salario mínimo y el auxilio de transporte hubieran permanecido en sus niveles reales de 1995.

Gráfico 2.16: Salario mínimo como porcentaje del PIB per cápita en varios países

A. Colombia vs. algunos países latinoamericanos

B. Colombia vs. algunos países desarrollados



Nota: salario mínimo mes como porcentaje del PIB per cápita

Fuente: cálculos del Banco de la República, sucursal Medellín, con base en cifras del PIB y población (Fondo Monetario Internacional), y para el salario mínimo mensual: ministerios de trabajo de cada país y OIT.

- Pero a finales de 2010 (Gráfico 2.17, panel B) el salario mínimo brasileño apenas representaba el 35 % del ingreso laboral medio; en Colombia, en cambio, el 51 %. Si nuestro mínimo fuera también el 35 % del ingreso laboral medio en el año 2010 hubiera sido de 356.000 pesos y no de 515.000 pesos.
- Frente a 2002 (Gráfico 2.17, panel C) el ingreso laboral medio en Colombia se ha elevado 20 %, mucho más que en Brasil (8 %). Debido a un mínimo tan alto, frente al ingreso medio los empresarios colombianos han preferido reemplazar trabajadores no calificados (de salario mínimo) por profesionales que devenguen más; por eso nuestro ingreso laboral medio ha subido tan considerablemente.

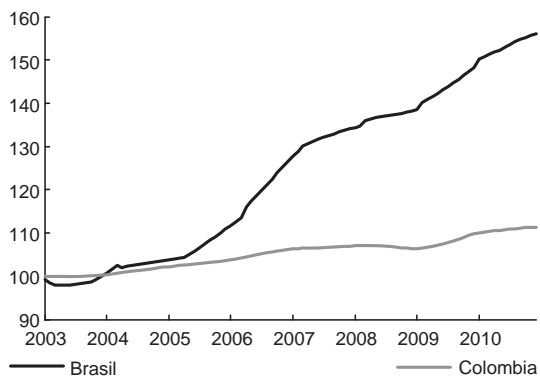
6.3. Evasión al salario mínimo

En el primer semestre del año 2010 (Cuadro 2.1) Colombia contaba con 18,8 millones de trabajadores (77 % en las cabeceras municipales y 23 % en las zonas rurales), de los cuales el 46 % (8,6 millones) devengaba ingresos por día inferiores al mínimo legal diario (incluyendo en este la parte proporcional del dominical). Ese porcentaje era mayor en las zonas rurales (73 % por debajo el mínimo) y relativamente menor, pero todavía muy alto en las cabeceras municipales (37 %).

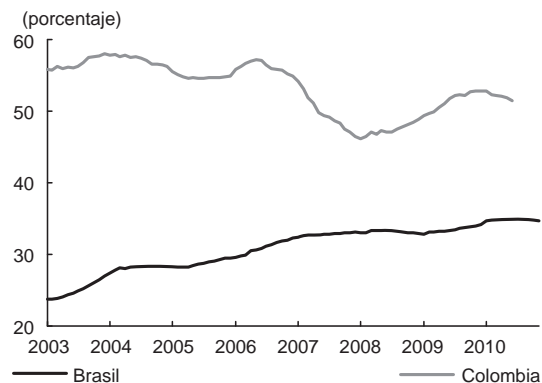
Aunque los trabajadores no asalariados no están cubiertos legalmente por el mínimo, el porcentaje de los mismos con ingresos por día laboral de ocho horas inferiores al mínimo diario ilustra bien la pobreza y la desprotección a que están sometidos, pero dejemos de lado los trabajadores sin remuneración, casi todos ayudantes familiares, y concentrémonos en los trabajadores remunerados.

Gráfico 2.17: Evolución salarial real en Brasil y en Colombia

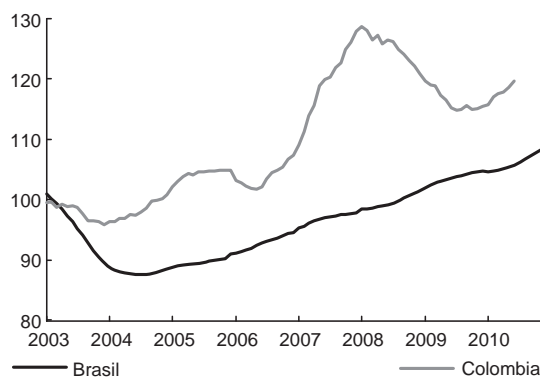
A. Salario mínimo real en Brasil y Colombia



B. Salario mínimo vs. ingreso laboral medio en Brasil y Colombia



C. Ingreso laboral medio real en Brasil y en Colombia (trabajo remunerado, principales ciudades)



Nota: promedio doce meses 2002 = 100.

Fuente: cálculos del Banco de la República, sucursal Medellín; con base en el Instituto Brasileño de Geografía y Estadística (seis áreas metropolitanas) y DANE-Colombia (trece áreas metropolitanas).

- *Trabajadores por cuenta propia.* En su mayoría devengan menos del mínimo legal: 63 % en el nivel nacional (55 % en las cabeceras; 89 % en las zonas rurales); de ellos, quienes carece de alguna educación superior exhiben los ingresos más precarios (70 % por debajo del salario mínimo diario en el nivel nacional: 61 % en las cabeceras; 90 % en el campo).
- *Patronos.* De este grupo el 33 % devenga menos del mínimo (57 % en las zonas rurales; 26 % en las cabeceras). Las cifras son más marcadas para quienes carecen de educación superior (38 % en el nivel nacional; 58 % en las zonas rurales; 28 % en las cabeceras).

El salario mínimo cobija legalmente a los trabajadores asalariados. En este caso, cabe hablar de evasión cuando el salario diario por jornada de ocho horas es inferior al salario mínimo diario, incluyendo en este la parte proporcional de

dominical (1/6), pues desde la Ley 50 de 1990 esta debe incluirse en el pago diario, independientemente de los días trabajados.

- Obreros y empleados (privados y del Gobierno): 18 % bajo el mínimo (16 % en cabeceras; 30 % en zonas rurales).
- Servicio doméstico: 50 % en el nivel nacional cuenta con menos del salario mínimo diario (49 % en cabeceras; 61 % en zonas rurales).
- Jornaleros: 60 % en el nivel nacional; en este caso las cifras son incluso más altas en las cabeceras (65 %) que en las zonas rurales (59 %).

Cuadro 2.1: Ocupados totales y con menos de 0,95 salarios mínimos diarios (SMD) en el primer semestre de 2010

	Ocupados I sem. 2010(miles)						Menos de 0,95 sm/ día (porcentaje)		
	Total ocupados			Menos 0,95 sm/día			Nal.	Cabec.	Z.rur.
	Nal.	Cabec.	Z.rur.	Nal.	Cabec.	Z.rur.			
Trab. fam.	1.001	538	462	999	537	462	100	100	100
Obr. empl.	7.302	6.512	789	1.294	1.054	240	18	16	30
Sin E.S.	4.691	3.989	702	1.092	860	232	23	22	33
Alguna E.S.	2.609	2.522	87	201	193	8	8	8	9
Svic. domés.	683	588	95	343	285	57	50	49	61
Jornalero	780	124	656	467	81	385	60	65	59
Cta. propia	8.136	6.045	2091	5.164	3.303	1.861	63	55	89
Sin E.S.	6.982	4.929	2053	4.855	3.014	1.841	70	61	90
Alguna E.S.	1.152	1.114	38	308	287	20	27	26	54
Patronos	964,4	722,7	241,6	322,3	185,4	136,9	33	26	57
Sin E.S.	706	476	230	266	133	133	38	28	58
Alguna E.S.	258	247	11	56	52	4	22	21	33
Total	18.866	14.531	4.335	8.588	5.445	3.143	46	37	73
Sin E.S.	14.735	10.554	4.181	7.930	4.833	3.097	54	46	74
Alguna E.S.	4.127	3.973	154	656	610	46	16	15	30

Nal.: nacional; Z.rur.: zona rural; Cabec.: cabecera municipal; E.S.: educación superior.
 Fuente: DANE, encuestas de hogares, primer semestre de 2010; cálculos del Banco de la República, sucursal Medellín. Para estimar los trabajadores con ingresos inferiores al salario mínimo diario (SMD) se incluyó en este la parte proporcional del dominical (1/6) y se calcularon, para cada posición ocupacional, los ingresos por día de ocho horas. Algunos totales difieren de la suma de sus componentes debido a casos sin información.

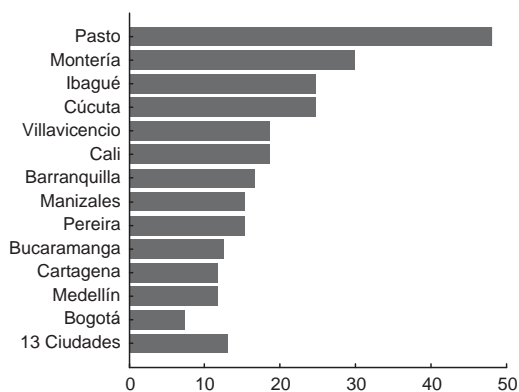
Por ciudades, la evasión al mínimo diario entre los obreros y empleados poco educados presenta grandes disparidades (Gráfico 2.18, panel A): la media de las trece ciudades era del 13,0 % en el tercer trimestre del año 2009. Bogotá exhibía el grado más bajo de evasión (7,4 %); Medellín, Cartagena, y Bucaramanga muestran una situada entre el 11,7 % y el 12,6 %. En Pereira, Manizales, Barranquilla, Cali y Villavicencio la cifra estaba situada entre el 15,3 % y el 18,7 %. Cúcuta e Ibagué presentan una evasión del 24,8 % y Montería una del 29,9 %. La ciudad con mayor evasión es Pasto (48,1 %).

Así, dada la distribución de estos trabajadores por ingresos diarios, si quisiéramos que la evasión de cada ciudad fuera igual a la media (13,0 %), el salario

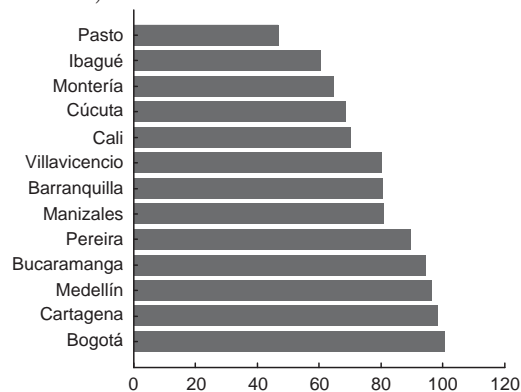
mínimo en Pasto debería ser el 47% del vigente; en Ibagué el 60%, en Montería el 65%, en Cúcuta el 69% y en Cali el 70% (Gráfico 2.18, panel B); entonces, la propuesta de establecer salarios mínimos diferenciales por ciudades o regiones (Ramírez, 2010), resultaría políticamente impracticable.

Gráfico 2.18: Trabajadores sin educación superior: porcentaje con ingresos inferiores al mínimo diario (incluyendo el dominical) por ciudades y salario mínimo necesario en cada ciudad para que la evasión sea igual a la media (tercer trimestre de 2009)

A. Evasión al salario mínimo diario en 2009:III por ciudades, (obreros y empleados sin educación superior con menos de 0,95 salarios mínimos diarios)



B. Salario mínimo necesario en cada ciudad para que el porcentaje de obreros y empleados sin educación superior por debajo del mínimo fuera del 13% (porcentaje del salario mínimo vigente en 2009)



SM: salario mínimo. SMD: salario mínimo diario.

Fuente: DANE, encuestas trimestrales; cálculos de Banco de la República, sucursal Medellín.

6.4. El salario mínimo no sirve a los más pobres

El salario mínimo no les sirve a los más pobres (Posso, 2010), y ello por dos razones (Gráfico 2.19):

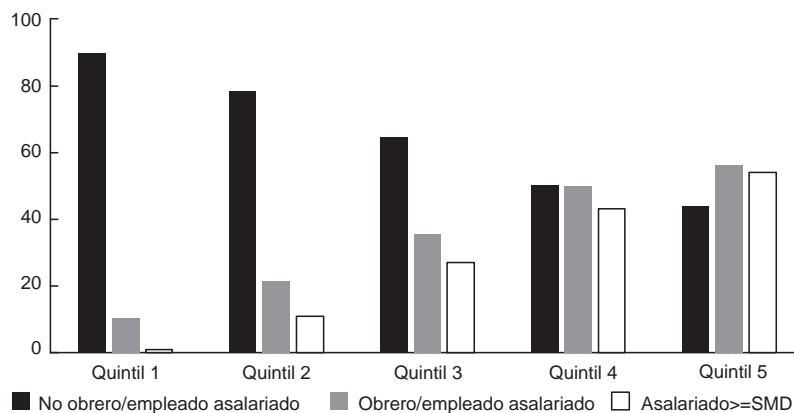
- Primero, porque sus miembros no trabajan como asalariados sino como independientes (90% en el quintil 1, es decir los del 20% más pobre; 79% en el quintil 2).
- Segundo, porque los pocos que laboran como obreros y empleados asalariados son objeto de una evasión muy alta (99% en el quintil 1 y 89% en el quintil 2); por eso los obreros y empleados pagados con el salario mínimo diario o más por día trabajado representan apenas el 1% del empleo en el quintil 1 y el 11% en el quintil 2.

6.5. El salario mínimo también afecta el empleo no calificado

Cuando el salario mínimo real aumenta (o se acelera su crecimiento), los empresarios más chicos recurren a la evasión, se eleva con la relación entre salario mínimo

Gráfico 2.19: Los más pobres no trabajan como asalariados; cuando lo hacen perciben salarios inferiores al salario mínimo diario

Colombia por quintiles del ingreso per cápita: empleado no asalariado y asalariado (total y con 1 salario mínimo o más; porcentaje del empleo de cada quintil; primer semestre de 2010)



Fuente: Cálculos Banco de la República, sucursal Medellín; con base en las encuestas nacionales de hogares del DANE del primer semestre de 2010.

y salario de mercado y también con el desempleo de estos trabajadores. Pero, adicionalmente (Gráfico 2.20 panel A), los empresarios, sobre todo los más grandes, reducen o desaceleran con algún rezago, la contratación de trabajadores asalariados no calificados. Para ello recurren al reemplazo de los mismos por trabajadores con educación superior (López y Lasso, 2008); lo que de pasada tiende a elevar el desempleo de los primeros. Por eso, las variaciones anuales del trabajo moderno con y sin educación superior están inversamente relacionadas (Gráfico 2.20 panel B).

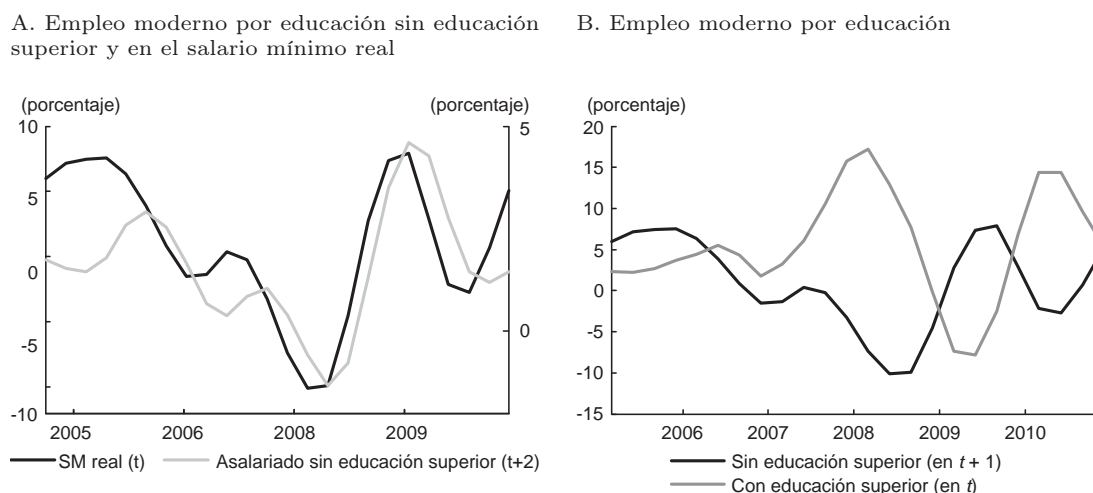
Ejercicios econométricos (Tamayo, 2010) basados en series trimestrales de 1984 a 2009 para las siete ciudades principales concluyen que el salario mínimo se transfiere íntegramente (elasticidad de 1,0 casi inmediata) al salario de mercado de los obreros y empleados sin educación superior. Pero este último depende también del desempleo (elasticidad de $-0,53$, con un rezago más largo); según se comporte el desempleo puede subir más o menos (o bajar) frente al salario mínimo⁷.

Para minimizar los impactos del salario mínimo (y/o de la reducción en el desempleo) sobre el salario de mercado de los obreros y empleados rasos, los empresarios más chicos recurren a la evasión del mínimo. Adicionalmente (Gráfico

⁷ La sensibilidad de los salarios a la tasa de desempleo ha sido mostrada por Arango, Obando y Posada (2010). Los autores realizan una estimación de la curva de salarios para Colombia, haciendo uso de la encuesta nacional de hogares (1984-2000), la encuesta continua de hogares (2001-2006) y la gran encuesta integrada de hogares (2006-2009), con el fin de contrastar la hipótesis nula de que los salarios son rígidos, y en consecuencia, no responden a los elementos que recoge la tasa de desempleo regional o la correspondiente a cada grupo particular de la población. Los resultados encontrados sugieren que no lo son; los salarios reales en Colombia son tan flexibles como en muchos otros países.

2.20, panel A), los empresarios, sobre todo los más grandes, reducen o desaceleran, con algún rezago, la contratación de trabajadores asalariados no calificados, para lo cual recurren al reemplazo de los mismos por trabajadores con educación superior (López y Lasso, 2008); lo que de paso tiende a elevar el desempleo de los primeros. Por eso, las variaciones anuales del trabajo moderno con y sin educación superior están inversamente relacionadas (Gráfico 2.20, panel B).

Gráfico 2.20: Cuando el salario mínimo real sube o se acelera, con algún rezago el empleo moderno poco educado cae; para lograrlo los empresarios recurren a la contratación de trabajadores más educados (datos siete ciudades, variaciones anuales)



Gráficos realizados con base en datos trimestrales, desestacionalizados y suavizados. Fuente: Banco de la República, sucursal Medellín; con base en cifras de las encuestas de hogares del DANE para siete ciudades principales. Las series fueron desestacionalizadas y suavizadas mediante el método Census X-12. Con base en las tendencias cíclicas que exhibe este método, se estimaron las variaciones porcentuales trimestrales (frente al mismo trimestre del año anterior) del empleo y los salarios reales.

7. LA REACTIVACIÓN ECONÓMICA INICIADA EN 2010 Y LAS TENDENCIAS DE LARGO PLAZO

Después de haber crecido a una tasa cercana al 7,5% en 2006-2007, el PIB urbano colombiano (PIB total menos el valor agregado por los sectores agropecuario y minero) experimentó una desaceleración muy considerable en 2008 (3,5%) y sobre todo en 2009 (1,0%); con todo, desde 2010 se inició una recuperación (4,1%) que se ha acentuado en el primer trimestre de 2011 (4,6%). Los impactos sobre el mercado laboral urbano han sido muy positivos: en las trece ciudades principales el empleo asalariado y el empleo formal se han reactivado y la expansión del empleo informal se ha desacelerado; el grado de informalidad está empezando a reducirse, la participación laboral ha dejado de elevarse y el desempleo

(desestacionalizado) ha comenzado a caer: frente al pico máximo alcanzado en noviembre de 2009 (13,7%) ha perdido 2,6 puntos a mayo de 2011 (11,1%). De esta manera, la sustitución del empleo formal poco educado por trabajadores con formación superior (una tendencia de largo plazo) se intensificó con la reactivación económica, particularmente durante el año 2010. A pesar de que en lo corrido de 2011 el empleo poco educado ha vuelto a elevarse, en promedio, durante los últimos dos años (trimestres marzo-mayo de 2009 a 2011), se observa que el 78% de los nuevos empleos formales creados en las trece ciudades ha sido para personas con alguna educación superior.

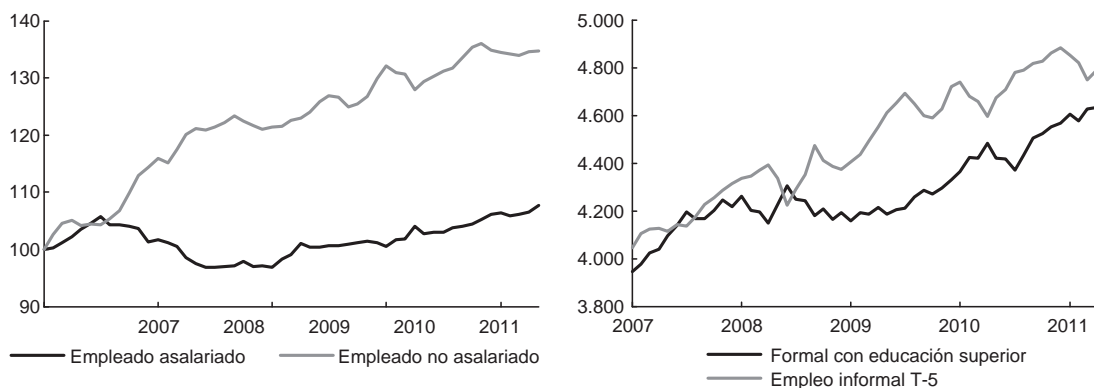
7.1. Empleo asalariado: en las trece ciudades creció al 3,3% durante el año 2010; en marzo-mayo de 2011 se estaba elevando al 4,9%

En las trece ciudades principales (Gráfico 2.21, panel A) el volumen de obreros y empleados asalariados había caído en 2008; ya en 2009 se recuperó parcialmente. Desde entonces, su crecimiento anual se ha acelerado: 3,2% en 2010 y 4,9% en marzo-mayo de 2011. Por su parte, durante 2010 el empleo no asalariado creció a un ritmo anual muy elevado (5,7%), el cual se moderó en marzo-mayo de 2011 (4,0%).

Gráfico 2.21: Empleo por tipos en trece ciudades (últimos datos: marzo-mayo de 2011)

A. Índices de empleo asalariado y no asalariado, (2007:I=100)

B. Empleo formal e informal (miles)



Nota: trimestre móvil desestacionalizado; datos de trece ciudades.

Fuente: DANE, encuestas de hogares; cálculos del Banco de la República, sucursal Medellín. Datos desestacionalizados mediante Census X-12.

7.2. Empleo formal: durante el año 2010 creció al 5,3% (5,7% anual en marzo-mayo de 2010 a 2011) y el informal se ha desacelerado

Para las trece ciudades (Gráfico 2.21, panel B) las cifras del DANE permiten distinguir entre el empleo formal y el informal. El primero incluye los asalariados del Estado, los obreros y empleados, además de patronos y otros trabajadores, en

empresas privadas con más de cinco ocupados, así como los profesionales y técnicos independientes. El segundo, el informal, está compuesto por obreros-empleados y patronos que laboran en “empresas” privadas de hasta cinco ocupados y por otros trabajadores (servidores domésticos, trabajadores no remunerados y jornaleros) vinculados a esas “empresas” o que laboran de manera independiente.

- El formal, que se había estancado entre 2008 y mediados de 2009, ha crecido rápidamente desde entonces: 5,3% anual en 2010 y 5,7% en marzo-mayo 2010 a 2011.
- El informal se disparó en 2009 (5,3% anual); esta expansión se moderó en 2010 (3,6%); en lo corrido de 2011 ha comenzado a caer, y su tasa anual marzo-mayo de 2010 a 2011 se desaceleró aún más (3,2%).
- La informalidad del empleo pasó del 50,8% en 2008 al 51,9% en 2009; desde entonces ha bajado, ligeramente en 2010 a 51,6% y mucho más durante el año en curso: 50,8% en marzo-mayo de 2011.

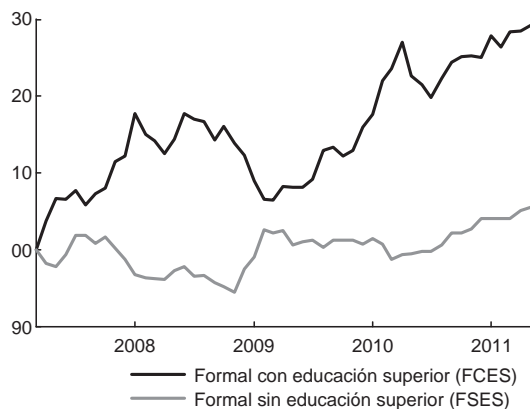
7.3. La sustitución del empleo formal poco educado por el más educado se acentuó, particularmente durante el año 2010

El reemplazo tendencial del empleo moderno poco educado por el más educado tiene ciclos. Una intensa sustitución tuvo lugar durante el año 2010, aunque se ha frenado momentáneamente en 2011. La excelente expansión del empleo formal urbano en 2010 estuvo sesgada a favor del empleo con educación superior que, por su rápida expansión y sus ingresos elevados y al alza, dinamizó el consumo interno. En cambio, el formal poco educado creció muy lentamente (Gráfico 2.22, panel A). En lo corrido de 2011 este último ha recuperado un dinamismo elevado, aunque, en promedio, durante los últimos dos años (marzo-mayo de 2009 a 2011) el 78% de los nuevos empleos formales creados en las trece ciudades han sido para personas con alguna educación superior.

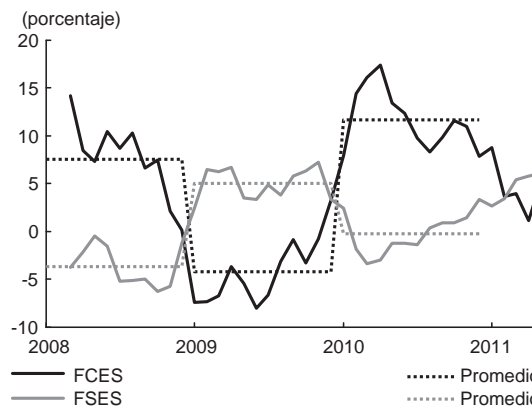
- El empleo formal con alguna educación superior (Gráfico 2.22, panel B) se elevó al 11,6% en 2010; sin embargo, aunque ha seguido creciendo, durante lo corrido de 2011 se ha desacelerado (5,4% en marzo-mayo).
- En contraste, el empleo formal sin educación superior se estancó en 2010 (con una tasa anual de -0,2%). Con todo, gracias al repunte de la construcción y a la reducción relativa de su salario frente al de quienes cuentan con estudios superiores, desde finales del año pasado comenzó a crecer otra vez, alcanzando en marzo-mayo de 2011 una tasa anual de 6,1%.
- En esta expansión reciente del empleo formal menos educado el papel de la reactivación de la construcción urbana de edificaciones (un sector intensivo en trabajo no calificado) fue muy importante, pues de explicar el 1% del incremento anual total observado durante el primer semestre de 2010, pasó a explicar el 19% (segundo semestre) y el 22% entre marzo-mayo de 2010 a 2011.

Gráfico 2.22: Empleo formal por educación (último dato: marzo-mayo de 2011)

A. Índices del empleo formal por educación (2007:I = 100)



B. Crecimiento anual del empleo formal por educación



Nota: trece ciudades, trimestre móvil.

Fuente: DANE, encuestas de hogares; cálculos del Bancode la República, sucursal Medellín. Datos desestacionalizados mediante Censu X-12.

- La desaceleración reciente del componente más educado del empleo formal y la mayor dinámica de su componente menos educado no debe llamar a equívocos en cuanto a las tendencias de largo plazo. Si las cifras recientes del trimestre marzo-mayo se mantuvieran todo el año 2011, el crecimiento medio del bienio 2010-2011 sería respectivamente del 8,5 % (formal educado) y 2,9 % (formal menos educado).

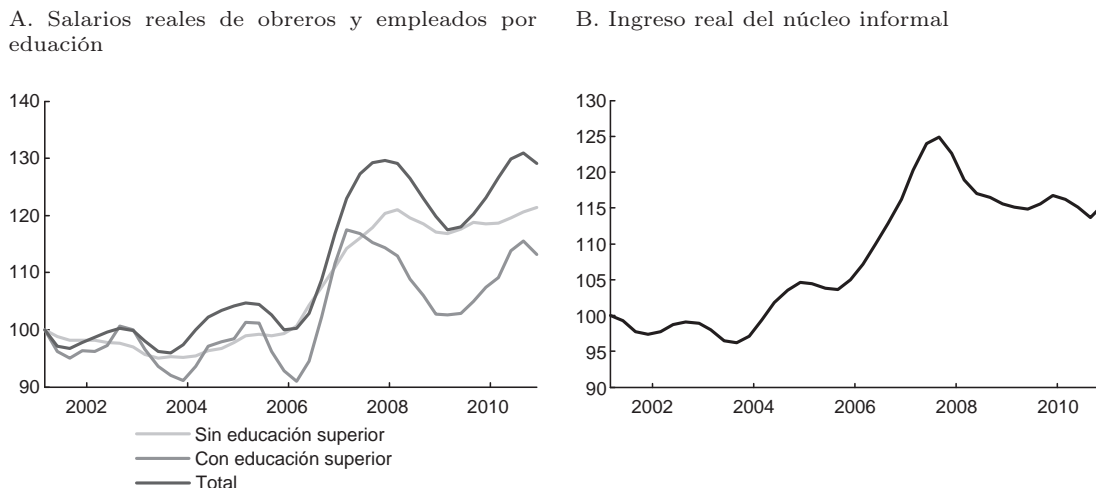
7.4. El salario real de los obreros y empleados con alguna educación superior creció 7,1 % en el año 2010; el promedio (con y sin educación superior) alcanzó su mayor nivel desde 2001

La evolución reciente de las remuneraciones reales medias por tipos de trabajadores en las trece ciudades principales (Gráfico 2.23) revela, de acuerdo con las encuestas de hogares, lo siguiente:

- El salario real de obreros y empleados sin educación superior creció en el año 2010 a una tasa anual media del 1,8 %.
- En contraste, el salario real de los obreros y empleados con alguna educación superior lo hizo al 7,1 %. No podía ser que el empleo de este tipo se elevara al ritmo que lo ha hecho sin que los salarios reales se dispararan.
- El salario real promedio (obreros y empleados con y sin educación superior) se elevó 6,7 % en 2010, alcanzando el máximo nivel desde 2001 (30 % más que en 2001), superior incluso al de 2007.
- El ingreso real de los trabajadores no asalariados sin educación superior (el núcleo duro del empleo informal) se había derrumbado en la segunda mitad

de la década de los noventa (véase el Gráfico 2.11, panel B). Se recuperó parcialmente entre 2004-2007 y desde entonces se redujo. En el año 2010 creció ligeramente (1,3 % frente a 2009), aunque, frente al promedio de 2007, seguía siendo 6,1 % más bajo.

Gráfico 2.23: Evolución de los salarios reales en trece ciudades (último dato: cuarto trimestre calendario de 2010)



Nota: trece ciudades; datos por trimestre calendario, desestacionalizados y suavizados; año 2001 = 100.

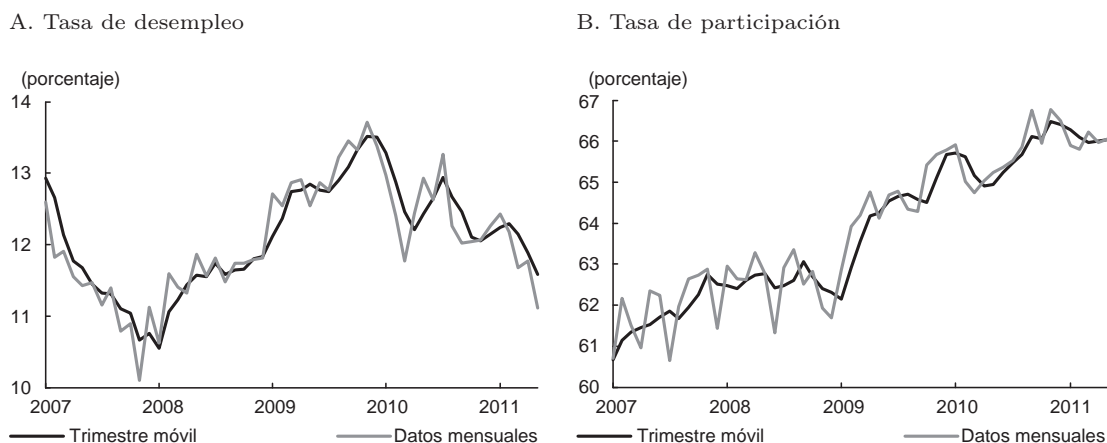
Fuente: DANE, encuestas de hogares; cálculos del Banco de la República, sucursal Medellín. Datos desestacionalizados y suavizados mediante Census X-12 (tendencias cíclicas).

7.5. El desempleo urbano ha caído, pero la participación laboral se resiste a bajar sustancialmente

La tasa de desempleo es una variable que hay que desestacionalizar para poder apreciar su evolución. En las trece principales ciudades (Gráfico 2.24, panel A) se elevó entre 2008 y 2009 y cayó en 2010; en lo corrido de 2011 sigue bajando: frente al pico máximo alcanzado en noviembre de 2009 (13,7 %) había perdido 2,6 pp a mayo de 2011 (11,1 %). Aunque es un buen resultado, todavía es insuficiente para un país que quiere posicionar esa cifra por debajo del 10 %.

Por su parte, la participación laboral (Gráfico 2.24, panel B) se había disparado durante el año 2009 en las principales ciudades y durante 2010 continuó elevándose. En lo corrido de 2011 parece haber alcanzado ya un tope máximo. De hecho, la participación laboral de los más educados ha crecido como respuesta al mayor dinamismo de su empleo y la de los menos educados se ha demorado en caer debido a la falta de ingresos modernos. La resistencia que muestra la participación laboral a bajar sustancialmente ha sido una de las causas de por qué el desempleo no ha caído a los niveles deseados por los colombianos.

Gráfico 2.24: Desempleo y participación laboral en trece ciudades (último dato: marzo-mayo de 2011)



Nota: trece ciudades; datos mensuales y desestacionalizados, trimestre móvil.

Fuente: DANE, encuestas de hogares; cálculos del Banco República, sucursal Medellín. Datos desestacionalizados mediante Censur X-12.

7.6. Corolarios de la coyuntura iniciada en 2010

Desde el año 2010 el crecimiento anual del empleo formal se ha recuperando en las trece principales ciudades del país: 0,5 % en 2009, 5,3 % en 2010 y 5,7 % en marzo-mayo de 2011. No obstante, estamos lejos de resolver nuestros problemas laborales: el desempleo ha caído, pero no por debajo del 10 %; la participación laboral, particularmente la de los menos educados, se ha resistido a bajar, y el grado de informalidad del empleo urbano (cuyas remuneraciones reales se han deteriorado frente a 2007) se ha reducido 1,1 pp frente a 2009, pero todavía sigue representando el 50,8 % (a marzo-mayo de 2011).

La rápida expansión del empleo formal ha estado sesgada, particularmente lo estuvo durante 2010, en favor del trabajo formal con educación superior. Este último segmento se elevó al 11,6 % en 2010 y, aunque ha seguido creciendo, durante lo corrido de 2011 se ha desacelerado (5,4 % en marzo-mayo). En contraste el empleo formal sin educación superior se estancó en 2010 (tasa anual de -0,2 %) y en 2011, al menos hasta mayo, ha comenzado a crecer otra vez alcanzando en marzo-mayo una tasa anual del 6,1 %. Con todo, en promedio para los últimos dos años (entre marzo-mayo de 2009 y 2011), el 78 % de los nuevos empleos formales creados en las trece ciudades ha sido para personas con alguna educación superior. El alza en el empleo moderno calificado y la caída del no calificado por unidad de PIB urbano, una tendencia de largo plazo, se acentuó con la recuperación económica.

De ahí se desprenden dos corolarios:

El primero se refiere al poder que tiene la construcción para generar empleo no calificado. En especial se trata de la vivienda urbana (que tiene mayor impacto en las ciudades), pero también de la activación de las obras civiles y del plan de

reconstrucción de los desastres del invierno; si este último pudiera de verdad ejecutarse de la manera planeada, y si se aprovechara para generar empleos modernos, para la población afectada los indicadores laborales podrían mejorar sustancialmente, no solo en las grandes ciudades sino también en las cabeceras más chicas y en las zonas rurales.

Segundo, el incremento del salario medio real de los obreros y empleados, que ha alcanzado su máximo nivel desde 2001, podría entorpecer la expansión del empleo moderno y restarle dinamismo al PIB, como pasó desde comienzos de 2008 (aún antes de que la crisis mundial comenzara a afectarnos). Para evitarlo, además de una política prudente en materia de salario mínimo, hay que elevar la capacitación laboral, una tarea para el SENA y ampliar el acceso a la educación superior de los bachilleres pobres.

Usando para el alumnado matriculado en la educación terciaria, las cifras oficiales del Sistema Nacional de Información de la Educación Superior (Snies) y las estimaciones poblacionales del DANE, en 2010 y frente a la población de 17 a 21 años, la tasa bruta de cobertura de la educación terciaria era en el pregrado de 37% (cuando se calcula frente a la población de 18-24 años resultaba menor: 30%). Para estimar la tasa neta (alumnado en edad universitaria *vs.* población en esa misma edad) total y por quintiles del ingreso per cápita hay que recurrir a la encuesta de calidad de vida de 2010 del DANE que, sin embargo, muestra una alumnado superior al registrado oficialmente. Según esta encuesta y frente a la población de 18 a 24 años, la tasa neta en el pregrado era del 24,3% (16 pp menor que la bruta, que resultaba ser del 41%); la diferencia entre ambas se explica por la deserción muy elevada y el alargamiento de la permanencia de los estudiantes en las universidades. Lo más impactante de los datos del DANE es la diferencia entre las tasas netas por quintiles del ingreso per cápita: 8,1% para el quintil 1 (el 20% más pobre), 11,2% para el quintil 2, 48,2% para el quintil 5 (el 20% más rico). Por ello, para ampliar sustancialmente la tasa neta de cobertura y para focalizar los aumentos para la población de menores ingresos, se requiere ampliar el crédito estudiantil, haciendo énfasis en carreras técnicas y tecnológicas y complementando el crédito con subsidios de sostenimiento para los más pobres (López, 2006). El crédito Acces del Icetex ha probado ser muy efectivo, particularmente en su focalización hacia los segmentos de menores ingresos y en reducir la deserción (CEDE, 2008). Dicho mecanismo, que tiende el puente entre los bajos ingresos de hoy y los altos de mañana y garantiza la devolución de recursos, tiene grandes beneficios.

En las universidades oficiales las matrículas del pregrado son muy bajas y casi todo el costo educativo es cubierto por la nación y las entidades territoriales mediante transferencias presupuestales. Por ello, expandir, en la magnitud que necesita el país, la educación terciaria por esta única vía requeriría cuantiosos recursos: las instituciones oficiales de educación superior (se excluye el SENA, que también forma técnicos y tecnólogos en este nivel) habían elevado ya el estudiantado de pregrado 49% entre 2003 y 2009 y lo hicieron en paralelo con una reducción en las transferencias gubernamentales reales por estudiante del 17,3%; aumentos adicionales solo serían posibles con un alza real muy sustancial de las

transferencias. Pero hay también consideraciones de equidad: aunque, solo el 5,6 % de los estudiantes oficiales de pregrado viven o dicen vivir en los tres estratos más altos, el 61 % proviene del 40 % más rico de los hogares y el 29 % del 20 % más pobre (DANE; encuesta de calidad de vida, año 2010); gran parte de ese subsidio va, pues, a las clases altas.

En el largo plazo el país necesita recuperar los subsidios que hace vía oferta, para retroalimentar el presupuesto de las universidades oficiales. Habría que cambiar también el esquema de financiación de las universidades oficiales. La mejor alternativa es el crédito estudiantil (López, 2006): en vez de exigirle al Gobierno que les aumente el presupuesto, las universidades oficiales deberían elevar las matrículas y, paralelamente, ofrecerles a sus estudiantes crédito del Icetex. Pero puede pensarse también en una política a la australiana, donde los egresados repaguen los subsidios recibidos vía impuestos (González, 2006). La rentabilidad de la educación superior es elevada: teniendo bachillerato, estudiar un año de pregrado eleva los ingresos 18 % (Posso, 2008); así, los pobres de hoy, que no serán pobres mañana cuando terminen sus estudios, podrán pagar un crédito cómodo como el de Acces y además percibirían subsidios para atender a su sostenimiento durante sus estudios.

REFERENCIAS

- ARANGO, L., N. OBANDO Y C. POSADA (2010): “Sensibilidad de los salarios al desempleo regional en Colombia: nuevas estimaciones de la curva de salarios”, en *Formulación de precios y salarios en Colombia*, ed. E. López, y M. T. Ramírez, cap. 23, pp. 951–978.
- BOTERO, J. (2007): *Crecimiento, pobreza y distribución del ingreso: un análisis de equilibrio general computable*. Colombia. Departamento Nacional de Planeación. Misión para el diseño de una estrategia para la reducción de la pobreza y la desigualdad, Bogotá.
- BOTERO, J. (2010): “Deducciones a la inversión y aportes parafiscales: Una propuesta”, Universidad Eafit.
- CASTAÑEDA, C., C. MEDINA, J. NÚÑEZ Y J. TAMAYO (2011): “Dinámica laboral y segregación del sector informal en Colombia”, Banco de la República. Estudio en elaboración. mimeo.
- CEDE (2008): “Consultoría para medir el impacto del crédito educativo sobre el acceso con equidad y permanencia en el sistema de educación superior”, Universidad de los Andes, Facultad de Economía, Centro de Estudios sobre Desarrollo Económico.
- GONZÁLEZ, J. (2006): “El principio de la capacidad de pago y la financiación de las universidades públicas”, CID, Universidad Nacional.

- GUATAQUÍ, J. Y A. GARCÍA (2009): “Efectos de la reforma laboral: ¿Más trabajo y menos empleos?”, *Ensayos sobre política económica - Banco de la República*, vol. 27(núm. 60).
- HELMSDORFF, L. (2007): *Ampliación de cobertura del sistema pensional colombiano y atención al adulto mayor*, Estrategia para la reducción de la pobreza y la desigualdad. Departamento Nacional de Planeación.
- LÓPEZ, H. (1996): *Ensayos sobre economía laboral colombiana*. Fonade/Carlos Valencia Editores.
- LÓPEZ, H. (2002): “Contribuciones e impuestos sobre la nómina en Colombia (informe final)”, Estudio realizado para la Misión de Ingreso Público.
- LÓPEZ, H. (2006): “Acceso de los pobres a la educación superior: Crédito estudiantil para todos y apoyos de sostenimiento y subsidios educativos para los más pobres”, Estudio realizado para la Misión contra la Pobreza y Desigualdad.
- LÓPEZ, H. Y F. LASSO (2008): “Salario mínimo, salario medio y empleo asalariado privado en Colombia. Un estudio exploratorio sobre la evasión al mínimo legal”, Borradores de Economía, núm. 484, Banco de la República de Colombia.
- LÓPEZ, H. Y J. NUÑEZ (2007): *Pobreza y desigualdad en Colombia : Diagnóstico y estrategias*. Bogotá: Departamento Nacional de Planeación.
- MINISTERIO DE HACIENDA DE CHILE (2009): “Modelo actuarial y proyecciones fiscales del sistema de pensiones solidarias”, Presentación al Consejo Consultivo Previsional. Departamento de investigación y estudios actuariales, Dirección de presupuestos.
- NUÑEZ, J. (2005): “Éxitos y fracasos de la reforma laboral en Colombia”, Documentos CEDE, núm. 43, Universidad de los Andes - CEDE.
- NUÑEZ, J. (2010): “Incidencia del gasto público social en la distribución del ingreso, la pobreza y la indigencia”, Archivos de economía, Departamento Nacional de Planeación.
- POSSO, C. (2008): “Desigualdad salarial en Colombia 1984-2005: Cambios en la composición del mercado laboral y retornos a la educación post-secundaria”, Borradores de Economía, núm. 529, Banco de la República.
- POSSO, C. (2010): “Incrementos del salario mínimo legal: Un análisis de los costos y beneficios sobre los hogares colombianos en el año 2006”, Borradores de Economía, núm. 595, Banco de la República de Colombia.
- RAMÍREZ, J. (2010): “Empleo formal: Clave para superar la pobreza”, <http://planeacionnacional.blogspot.com/2010/03/funcionaria-un-minimo-regional.html>.

- REYES, A. (2007): *Viabilidad de un seguro de desempleo para Colombia: Algunas reflexiones y cálculos preliminares*. Colombia. Departamento Nacional de Planeación. Misión para el diseño de una estrategia para la reducción de la pobreza y la desigualdad.
- SANTAMARÍA, M., F. GARCÍA Y A. MUJICA (2009): “Los costos no salariales y el mercado laboral: Impacto de la reforma a la salud en Colombia”, Working paper, núm. 43, Fedesarrollo.
- SANTAMARÍA, M., F. GARCÍA Y A. MUJICA (2011): “El mercado laboral y la reforma de la salud en Colombia: incentivos, preferencias y algunas paradojas”, en *Efectos de la Ley 100 en salud: propuestas de reforma*, ed. M. E. L. Santa María. Fedesarrollo.
- TAMAYO, J. (2010): “La participación laboral y el ciclo económico: Algunas regularidades”, Estudio a ser publicado por el Banco de la República- Medellín.
- TAMAYO, J. (2011): “Una mirada al papel del cambio técnico en el mercado laboral en Colombia”, (mimeo), Banco de la República, Medellín.
- TENJO, J. (2010): “Estudio de conveniencia y oportunidad sobre el montaje de un sistema de protección al cesante (versión final)”, AECOM International Inc. Informe final del contrato de prestación de servicios y apoyo a la gestión celebrado entre el DNP y Aecom International Development Inc.

ANEXO 1

PRINCIPALES VARIABLES LABORALES EN SIETE CIUDADES (MILES)

Cuadro A1.1: Principales variables laborales en siete ciudades (miles)

Año	Trim.	PET		Empleo moderno		Núcleo informal		Desocupados		Subtotal
		Sin E.S.	Con E.S.	Sin E.S.	Con E.S.	Sin E.S.	Con E.S.	Sin E.S.	Con E.S.	
1984	I	6.248,5	696,1	6.944,6	1.691,6	459,1	2.150,6	1.170,9	455,7	501,5
1984	II	6.298,2	718,6	7.016,9	1.690,8	475,5	2.166,3	1.185,8	455,6	503,1
1984	III	6.331	726,2	7.057,2	1.691,9	490,3	2.182,2	1.236,7	451,1	498,5
1984	IV	6.341,3	772	7.113,3	1.758,3	527	2.285,3	1.243,6	452,8	505,8
1985	I	6.384	774,9	7.158,9	1.703,9	523,6	2.227,5	1.240,1	487,4	540,6
1985	II	6.414,5	803,1	7.217,6	1.732,4	550,2	2.282,6	1.265	518,9	579,3
1985	III	6.460,5	809,4	7.269,9	1.783,6	523,9	2.307,6	1.134,8	469,2	531,7
1985	IV	6.485,6	828,7	7.314,3	1.830,6	540,7	2.371,3	1.185,6	438,1	493,5
1986	I	6.542,1	837,9	7.380	1.748,2	564,8	2.313	1.220	486,4	543,5
1986	II	6.595,1	849,9	7.444,9	1.825,9	570,3	2.396,3	1.208	523,6	590,7
1986	III	6.635,4	858,6	7.493,9	1.839,7	574,9	2.414,5	1.217,3	463,7	517,5
1986	IV	6.630,4	921,3	7.551,7	1.898,4	622,5	2.520,9	1.287	445,3	501,8
1987	I	6.736,4	877	7.613,4	1.887,2	596,9	2.484,1	1.294,1	498,8	560,7
1987	II	6.772,3	887,5	7.659,9	1.946,2	614,5	2.560,7	1.318,8	455,2	514,9
1987	III	6.793,5	907,7	7.727,6	1.970	622,2	2.592,2	1.295,2	419,7	473,1
1987	IV	6.837,3	934,4	7.781,3	2.008,7	645,3	2.654	1.354,8	393,1	436,9
1988	I	6.907,7	946,3	7.865,3	1.947,9	654,1	2.602,1	1.353,4	491,6	554,6
1988	II	6.948	974,5	7.925,4	2.017,2	697,4	2.714,6	1.380,5	473,5	532,6
1988	III	6.983,2	964,9	7.955,6	2.063	689	2.752	1.342,4	396,7	447,9
1988	IV	6.998,8	1.014,4	8.025,6	2.111,2	713,4	2.824,6	1.356,5	409	466
1989	I	7.074,6	1.020	8.105,4	2.028,8	720,9	2.749,7	1.368,8	431	489,4
1989	II	7.130,8	1.016,4	8.157,6	2.133,8	724,5	2.858,4	1.398,9	418	475,1
1989	III	7.088,5	1.110,4	8.210,5	2.099,9	781,1	2.881	1.357,3	356	406,1
1989	IV	7.203,9	1.090,8	8.300,8	2.191,1	774,9	2.965,9	1.411,1	381,9	435,8
1990	I	7.285,4	1.035,8	8.334,5	2.202,7	746,7	2.949,4	1.380,2	421,9	474,7
1990	II	7.313,5	1.059,9	8.388,7	2.155,2	765,9	2.921,2	1.393	454,2	517,4
1990	III	7.286,9	1.127	8.438,5	2.147,2	785,1	2.932,3	1.345	417,6	481,9
1990	IV	7.359,3	1.140,7	8.521,1	2.298,6	808,1	3.106,6	1.430,3	456,7	524,5
1991	I	7.350,1	1.193,3	8.574	2.161,4	877,1	3.038,5	1.459,9	468,1	531,4
1991	II	7.481,1	1.150,9	8.650,5	2.273,5	847,5	3.121	1.452,6	480,8	538,5
1991	III	7.469,7	1.209,8	8.707,2	2.237,4	869,1	3.106,5	1.511,1	428,9	491,7
1991	IV	7.465,4	1.264,5	8.786,9	2.303,3	903,5	3.206,8	1.464	413,4	480,6
1992	I	7.610,8	1.236,6	8.875,3	2.294,6	912,2	3.206,9	1.531,4	492,7	559,3
1992	II	7.693,6	1.217,6	8.911,1	2.390,2	901,9	3.292,1	1.582,5	528,4	598
1992	III	7.627,3	1.251,4	9.010	2.315,9	937,6	3.253,5	1.534	413,4	477,4
1992	IV	7.797,7	1.241,4	9.039,1	2.481,1	912	3.393,2	1.609,6	470,2	531,7

Cuadro A1.2: Principales variables laborales en siete ciudades (miles) (continuación)

Año	Trim.	PET		Empleo moderno		Núcleo informal		Desocupados		Subtotal	
		Sin E.S.	Con E.S.	Sin E.S.	Con E.S.	Sin E.S.	Con E.S.	Sin E.S.	Con E.S.		
1993	I	7.853,6	1.261,5	9.147,0	2.439,7	939,6	3.379,3	1.575,6	456,1	55,9	514,0
1993	II	7.874,6	1.308,2	9.212,9	2.426,5	973,3	3.399,9	1.584,1	426,7	61,5	489,2
1993	III	7.997,1	1.249,1	9.287,3	2.551,5	927,8	3.479,3	1.643,7	372,4	46,7	420,1
1993	IV	7.987,2	1.309,1	9.345,9	2.605,8	952,0	3.557,8	1.554,9	371,9	57,3	430,1
1994	I	8.053,9	1.344,0	9.428,9	2.523,0	996,1	3.519,1	1.555,5	487,6	72,9	561,0
1994	II	8.105,9	1.361,1	9.491,5	2.516,9	1.001,0	3.517,9	1.596,7	466,5	77,8	544,6
1994	III	8.189,6	1.330,6	9.552,8	2.608,5	998,0	3.606,5	1.561,4	356,5	53,8	411,0
1994	IV	8.194,5	1.390,1	9.620,5	2.599,1	1.017,3	3.616,4	1.719,2	386,1	65,2	451,9
1995	I	8.287,9	1.373,2	9.684,8	2.549,2	1.001,0	3.550,2	1.683,9	379,8	68,9	449,4
1995	II	8.311,8	1.416,1	9.764,0	2.529,0	1.037,8	3.566,8	1.668,6	436,3	72,2	509,5
1995	III	8.386,7	1.368,0	9.799,5	2.553,3	995,3	3.548,7	1.740,1	418,9	71,4	491,5
1995	IV	8.379,1	1.451,9	9.866,8	2.648,6	1.083,2	3.731,8	1.714,7	476,2	80,1	557,7
1996	I	8.408,5	1.463,7	9.913,6	2.554,7	1.087,8	3.642,5	1.724,8	513,0	81,5	595,2
1996	II	8.471,0	1.476,6	9.997,0	2.547,9	1.059,7	3.607,6	1.580,5	566,0	92,0	659,6
1996	III	8.570,7	1.442,5	10.073,3	2.472,5	1.024,2	3.496,7	1.697,1	602,1	90,8	696,0
1996	IV	8.451,2	1.604,8	10.118,3	2.432,0	1.155,5	3.587,5	1.741,0	574,5	95,6	671,4
1997	I	8.472,2	1.666,9	10.183,1	2.300,4	1.159,1	3.459,5	1.735,0	618,9	96,7	717,2
1997	II	8.385,7	1.829,0	10.246,6	2.297,1	1.268,9	3.566,0	1.724,5	677,0	120,3	798,0
1997	III	8.523,2	1.750,8	10.311,7	2.386,0	1.256,2	3.642,3	1.766,0	616,3	110,4	730,4
1997	IV	8.542,1	1.795,2	10.378,0	2.418,1	1.316,1	3.734,2	1.840,7	631,1	119,2	750,9
1998	I	8.521,6	1.893,5	10.438,4	2.406,0	1.360,5	3.766,5	1.789,1	757,1	154,3	912,8
1998	II	8.562,2	1.883,0	10.469,3	2.305,6	1.364,6	3.670,2	1.836,7	840,1	180,1	1.021,2
1998	III	8.584,0	1.917,8	10.540,4	2.253,2	1.349,6	3.602,7	1.814,4	791,9	148,2	943,1
1998	IV	8.629,5	1.923,2	10.585,9	2.302,1	1.362,6	3.664,7	1.907,2	819,1	188,5	1.009,2
1999	I	8.767,2	1.851,4	10.647,3	2.216,7	1.261,7	3.478,3	1.851,0	1.062,1	210,5	1.273,8
1999	II	8.859,0	1.817,2	10.716,1	2.162,9	1.230,7	3.393,6	1.982,5	1.098,1	215,9	1.317,7
1999	III	8.807,6	1.913,8	10.777,0	2.137,3	1.309,4	3.446,7	1.989,1	1.120,8	222,0	1.346,4
1999	IV	8.823,0	1.945,0	10.817,2	2.209,2	1.344,7	3.553,9	2.082,7	996,2	221,9	1.221,7
2000	I	8.784,8	1.995,5	10.846,8	2.034,2	1.360,2	3.394,3	2.128,2	961,4	219,9	1.186,4
2000	II	8.819,9	2.019,4	10.903,3	2.148,4	1.399,1	3.547,5	2.185,0	975,5	237,2	1.215,6
2000	III	8.920,4	1.976,3	10.980,0	2.173,4	1.346,4	3.519,9	2.333,5	961,5	242,4	1.206,6
2000	IV	8.931,4	2.031,7	11.028,2	2.194,2	1.412,6	3.606,8	2.334,6	972,7	217,9	1.193,9
2001	I	8.974,0	2.109,8	11.181,9	2.068,9	1.396,5	3.465,4	2.307,3	1.170,9	293,1	1.471,0
2001	II	9.089,5	2.111,5	11.237,0	2.143,2	1.418,3	3.561,5	2.243,2	1.037,8	257,0	1.296,5
2001	III	9.099,4	2.139,3	11.292,2	2.213,5	1.461,2	3.674,7	2.237,2	1.044,2	241,4	1.288,6
2001	IV	8.983,1	2.293,4	11.347,4	2.231,5	1.591,7	3.823,2	2.334,0	984,2	256,1	1.245,3

Cuadro A1.3: Principales variables laborales en siete ciudades (miles) (final)

Año	Trim.	PET		Empleo moderno		Núcleo informal		Desocupados		Subtotal	
		Sin E.S.	Con E.S.	Sin E.S.	Con E.S.	Sin E.S.	Con E.S.	Sin E.S.	Con E.S.		
2002	I	8.996,8	2.284,9	11.402,7	2.049,9	1.514,7	3.564,6	2.296,7	1.087,9	308,8	1.403,3
2002	II	9.032,9	2.325,5	11.458	2.166,7	1.586,1	3.752,8	2.314,3	1.019,7	295	1.322
2002	III	9.076,6	2.337,1	11.513,4	2.200,8	1.591,8	3.792,6	2.278,5	1.059,9	292,9	1.358,1
2002	IV	9.112,4	2.373,4	11.568,7	2.336,2	1.666,3	4.002,5	2.358,1	938,7	253,1	1.195,4
2003	I	9.228,8	2.296,7	11.624	2.178	1.570,4	3.748,4	2.347,7	1.025,5	273,3	1.302,1
2003	II	9.042,7	2.541,7	11.679,4	2.150,6	1.749,9	3.900,5	2.323,8	973,3	287,6	1.267
2003	III	9.193	2.421	11.734,9	2.223	1.696,7	3.919,7	2.447,8	1.024,4	279,6	1.313
2003	IV	9.059,8	2.604,9	11.790,5	2.346,2	1.842,3	4.188,5	2.423,9	849	277,5	1.131,9
2004	I	9.053,3	2.673,3	11.846,1	2.127	1.824,2	3.951,1	2.358	970,3	331,5	1.306,5
2004	II	9.040,1	2.757,7	11.901,7	2.174,4	1.856,8	4.031,1	2.232,7	851,2	294,6	1.150,3
2004	III	9.110,8	2.735,3	11.957,2	2.248,9	1.882,7	4.131,7	2.334,6	833,9	277,2	1.113,7
2004	IV	9.240,1	2.676,6	12.012,9	2.387,8	1.872,9	4.260,8	2.359,9	767,7	257	1.029,9
2005	I	9.278,3	2.753	12.069,1	2.287,2	1.897,6	4.184,8	2.269,4	878,2	303,5	1.183,3
2005	II	9.336,4	2.732,8	12.126,1	2.325,6	1.878,4	4.204	2.338,7	789,8	259	1.051,2
2005	III	9.341,3	2.782,7	12.184,3	2.400,1	1.955	4.355	2.333,7	784	254,3	1.040,8
2005	IV	9.446,1	2.760	12.243,7	2.583,2	1.929,8	4.513	2.426,9	678,8	236,7	916,5
2006	I	9.415,9	2.823,3	12.303,9	2.419,5	1.971,1	4.390,5	2.318,6	794,1	269	1.064,9
2006	II	9.443,1	2.871,1	12.364,4	2.434,4	1.996,5	4.430,9	2.357,4	726,5	244,5	972,5
2006	III	9.415,5	2.983,2	12.415,4	2.364,8	2.077,9	4.442,7	2.254,4	693,7	247,1	940,8
2006	IV	9.588,8	2.886,2	12.479,9	2.509,5	1.952,1	4.461,6	2.235	661,7	234,1	896,1
2007	I	9.544,5	2.992,3	12.544,5	2.409,8	2.017,3	4.427,1	2.304,9	705,3	279,5	985,1
2007	II	9.445,4	3.153,9	12.604,2	2.426,6	2.222	4.648,5	2.263,1	628,5	243,2	871,7
2007	III	9.538,6	3.122,7	12.663,7	2.465,8	2.208,6	4.674,5	2.331	621	229,9	850,9
2007	IV	9.423,8	3.293,2	12.723,2	2.347	2.309,4	4.656,5	2.547,5	521,3	231,5	752,9
2008	I	9.466,8	3.311,8	12.782,7	2.270,2	2.351,3	4.621,5	2.480,1	690,3	271,8	962,4
2008	II	9.433	3.403,3	12.842	2.166,7	2.429,9	4.596,6	2.545	663,2	251,6	915
2008	III	9.557,4	3.339	12.901,1	2.227,3	2.376,4	4.603,7	2.662,5	635	290,9	925,9
2008	IV	9.659	3.295,3	12.960,1	2.246	2.336,9	4.583	2.647,6	601,3	245,3	846,6
2009	I	9.939,9	3.065,5	13.018,9	2.337,6	2.150,6	4.488,2	2.676	830,2	313,9	1.144,5
2009	II	9.962,7	3.107,5	13.077,7	2.345,5	2.225,7	4.571,1	2.852,9	765,8	286,4	1.052,1
2009	III	9.887,6	3.245,9	13.136,1	2.387,7	2.342,8	4.730,5	2.720,1	782,1	286,3	1.068,3
2009	IV	9.856,6	3.328,5	13.193,9	2.345,3	2.448,4	4.793,7	2.911,6	747,2	284,6	1.031,8
2010	I	9.721,7	3.520,5	13.251,5	2.238,4	2.533,5	4.771,9	2.764,2	801,5	344,1	1.145,6
2010	II	9.901	3.398,9	13.308,7	2.307,7	2.507,2	4.814,9	2.870,9	759,8	313	1.072,8
2010	III	9.823,7	3.532,5	13.365,7	2.401	2.562,5	4.963,5	2.893,5	706,9	342,7	1.049,8
2010	IV	9.912,7	3.503,9	13.422,6	2.448,2	2.611,5	5.059,8	3.026	648,9	289,6	938,8

E.S.: educación superior.

Fuente: DANE; encuestas de hogares para siete ciudades (transversales 1984-2000 y continuas 2001-2010). Para la metodología detallada para el empate de las series de las encuestas transversales y continuas véase el anexo al trabajo de López y Lasso (2007).

ANEXO 2

INGRESOS LABORALES MES POR TRABAJADOR (MILES CORRIENTES)

Cuadro A2.1: Ingresos laborales mes por trabajador (miles corrientes)

Año	Trimestre	IPC fin trim. (dic 2008=100)	Ingreso laboral mes del E. moderno (medias)		Subtotal	Ingreso laboral mes del núcleo informal (media)		Ingreso laboral mes del E. moderno (medias)		Ingreso laboral mes del núcleo informal (mediana)
			Sin E.S.	Con E.S.		Sin E.S.	Con E.S.	Sin E.S.	Con E.S.	
1984	I	2,47	17,2	46,9	23,5	16,5	14	35	11,9	
1984	II	2,59	17,8	48	24,4	16,1	15	35	11,5	
1984	III	2,66	18,1	50,2	25,3	17,4	15	37,4	12	
1984	IV	2,79	18,1	49,8	25,4	17,9	15	35,5	12	
1985	I	3,03	19,8	54,4	27,9	19,7	15,8	40	13,4	
1985	II	3,31	20,5	53,9	28,6	20,9	16	40	14,3	
1985	III	3,31	21,4	53,4	28,7	19,7	17	40	13,6	
1985	IV	3,42	21,1	57	29,2	21,9	16,9	40	15	
1986	I	3,72	24	57,9	32,3	23,5	20	41,6	16,3	
1986	II	3,76	24,8	62,5	33,8	22,3	20	46,4	16	
1986	III	3,87	25,4	68,1	35,6	27,7	20	49,6	18	
1986	IV	4,13	25,6	72,6	37,2	26,3	20	50	18	
1987	I	4,47	29	77,3	40,6	29,3	24	60	20	
1987	II	4,69	30	79,5	41,9	30,7	25	59	20,6	
1987	III	4,83	30,8	79,6	42,5	31,2	25,2	60	21,3	
1987	IV	5,12	31,1	86,4	44,5	34,6	25,6	60	23	
1988	I	5,65	36,1	97,3	51,5	39	69	74	26	
1988	II	6,12	37,5	100,4	53,7	38,4	30	74	26,2	
1988	III	6,24	38,6	101,4	54,4	38,7	30	75	28	
1988	IV	6,57	38,7	111,8	57,1	41,3	30	80	30	
1989	I	7,15	44,6	116,3	63,4	46,9	36,8	88,7	32	
1989	II	7,56	47,1	130,3	68,2	51,9	40	94	35	
1989	III	7,89	48,8	135,2	72,2	52,9	40	100	35	
1989	IV	8,28	49,4	132,2	71	54,6	40	100	37,8	
1990	I	9,12	56	150,8	80	59	46	104,8	40	
1990	II	9,75	61,5	162,7	88	62	50	120	42	
1990	III	10,28	61,1	162,4	88,2	66,3	50	120	45	
1990	IV	10,96	62	170,8	90,3	72,3	50	122,8	45	
1991	I	11,97	72,2	191,7	106,7	76,5	60	150	50	
1991	II	12,78	77,9	212,4	114,5	77,1	60	150	52	
1991	III	13,37	79,5	210,1	116,1	87,6	62	150	52,6	
1991	IV	13,9	81,6	208,4	117,3	84,8	65	150	60	
1992	I	15,21	90,5	244,1	134,2	97,6	75	180	64	
1992	II	16,37	97,4	268,6	144,3	98,4	80	200	65	
1992	III	16,96	98,7	310,4	159,7	118,4	80	200	69,1	
1992	IV	17,39	98,8	301,5	153,3	109,1	80	200	70	

Cuadro A2.2: Ingresos laborales mes por trabajador (miles corrientes)(continuación)

Año	Trimestre	IPC fin trim. (dic 2008=100)	Ingreso laboral mes del E. moderno (medias)		Ingreso laboral mes del núcleo informal (media)	Ingreso laboral mes del E. moderno (medias) Con E.S.		Ingreso laboral mes del núcleo informal (mediana)
			Sin E.S.	Con E.S.		Sin E.S.	Con E.S.	
1993	I	18,89	115,7	338	177,5	92	240	81,5
1993	II	19,87	126,9	390,9	202,5	100	250	90
1993	III	20,6	135,2	358,3	194,7	100	250	98,3
1993	IV	21,33	135,5	428,7	213,9	100	288,3	100
1994	I	23,31	156,5	434,8	235,3	120	300	108,4
1994	II	24,46	163,4	463,7	248,9	123,5	300	118,5
1994	III	25,2	171,3	502,2	262,9	130	350	120
1994	IV	26,15	163,2	508	260,2	120	350	120
1995	I	28,29	184,1	542,4	285,1	150	360	135,9
1995	II	29,76	197,6	579,5	308,7	152	400	150
1995	III	30,44	192,3	642,4	318,5	150	400	150
1995	IV	31,24	196,7	604	314,9	150	400	150
1996	I	34,01	221,9	622,2	341,4	180	450,6	160
1996	II	35,62	232	747,5	383,4	180	457,1	170
1996	III	37	235	723,2	378	192	500	165,2
1996	IV	38	240,6	656	374,4	190	497,7	160,2
1997	I	40,45	298,1	767,8	455,5	214,4	500	180
1997	II	42,28	285,2	855,6	488,2	230	601,6	194,8
1997	III	43,66	292,2	816	472,9	230	600	200
1997	IV	44,72	288,2	842,5	483,6	230	600	200
1998	I	48,24	321,4	971,9	556,4	250	700	204,1
1998	II	51,03	332	1.003,6	581,7	269,9	700	200
1998	III	51,44	347	1.124,4	638,2	250	800	220
1998	IV	52,18	337,4	1.057,8	605,3	250	800	220
1999	I	54,75	376,9	1.176,3	666,9	290,3	730	240
1999	II	55,6	373,8	1.119,6	644,2	286	713,8	200
1999	III	56,24	366,9	1.105,4	647,5	285,2	748,2	200
1999	IV	57	375,4	1.193,8	685,1	293,3	742	210
2000	I	60,08	404,7	1.158,8	706,9	300	752	200
2000	II	60,98	405,6	1.147,1	698	300	750	200
2000	III	61,41	400,9	1.184,9	700,8	300	700	200
2000	IV	61,99	377,2	1.051,2	641,2	291,5	700	228,2
2001	I	64,77	383,8	1.107	675,3	314	700	200
2001	II	65,82	382,2	1.028,3	639,5	316	654,6	200
2001	III	66,3	383	1.095,5	666,3	316	700	200
2001	IV	66,73	382,8	1.084,9	675,1	316	700	200
2002	I	68,59	398,9	1.166,1	724,9	339	750	212
2002	2	69,93	402,8	1.128,7	709,6	343	750	200

Cuadro A2.3: Ingresos laborales mes por trabajador (miles corrientes)(final)

Año	Trimestre	IPC fin trim. (dic 2008=100)	Ingreso laboral mes del E. moderno(medias)		Ingreso laboral mes del núcleo informal (media)	Ingreso laboral mes del E. moderno(medias) Sin E.S. Con E.S.		Ingreso laboral mes del núcleo informal (mediana)
			Sin E.S.	Con E.S.		Sin E.S.	Con E.S.	
2002	3	70,26	404,8	1.267,3	766,8	343	800	220
2002	4	71,4	401,8	1.198,5	733,4	343	800	205,9
2003	1	73,8	417,3	1.135,5	718,2	360	800	240
2003	2	74,97	414,4	1.157,7	747,9	369	750	230
2003	3	75,26	426,6	1.119,1	726,3	369,5	747,7	225,8
2003	4	76,03	416,4	1.172,4	748,9	369	736,1	240
2004	1	78,39	445,9	1.216,7	801,7	397,4	800	260
2004	2	79,52	449,5	1.237,4	812,4	399	800	260
2004	3	79,76	457,8	1.312,9	847,5	399,6	800	274,7
2004	4	80,21	450,3	1.269,5	810,4	399,6	815,3	280
2005	1	82,33	494	1.544,7	970,5	426	850	300
2005	2	83,36	481,2	1.387,8	886,3	426	800	300
2005	3	83,76	495,4	1.381,1	893	426	864	300
2005	4	84,1	480,8	1.350,8	852,8	426	800	300
2006	1	85,71	521,9	1.329,2	884,3	455,7	810,3	300
2006	2	86,64	524,5	1.334,4	889,4	455,7	850	300
2006	3	87,59	755,7	1.993,2	1334,5	480	1.200	350
2006	4	87,87	555,8	1.524,2	979,5	450	879	350
2007	1	90,67	625,2	1.879,3	1.196,7	520,3	1.000	350
2007	2	91,87	625,4	1.768,7	1.171,9	535,5	1.000	360
2007	3	91,97	637,3	1.756,8	1.166,2	541,7	1.000	400
2007	4	92,87	715,8	1.808,5	1.257,7	543,4	1.008,3	400
2008	1	96,04	660,3	1.716,4	1.197,6	529,7	1.016,7	400
2008	2	98,47	688	1.835,4	1.294,5	589,4	1.058	375
2008	3	98,94	679,4	1.671,9	1.191,7	592	1.000	400
2008	4	100	681,6	1.678,2	1.189,8	590	1.000	400
2009	1	101,94	700	1.685,1	1.172	615	1.000	400
2009	2	102,22	707,1	1.717,6	1.199,1	615	1.035,4	400
2009	3	102,12	709,6	1.799,1	1.249,1	623,3	1.033,3	400
2009	4	102	710,4	1.724,4	1.228,3	623,8	1.062,9	400
2010	1	103,81	726,5	1.871,8	1.334,6	637,7	1.136,5	400
2010	2	104,52	736,6	1.866,9	1.325,1	657,8	1.154	400
2010	3	104,45	740	1.835,7	1.305,6	658,2	1.100	400
2010	4	105,24	750,3	1.834,6	1.309,9	656,8	1.083,3	405,7

E.: empleo, E.S.: educación superior.

Fuente: DANE; encuestas de hogares para siete ciudades (transversales 1984-2000 y continuas 2001-2010); para la metodología detallada para el empate de las series de las encuestas transversales y continuas véase el anexo al trabajo de López y Lasso (2007).

COMENTARIOS

EL MERCADO LABORAL COLOMBIANO: TENDENCIAS DE LARGO PLAZO

Fabio Sánchez Torres

El objetivo del artículo es hacer una descripción de las tendencias del mercado laboral urbano centrándose en el empleo, la participación laboral, la informalidad y el desempleo urbano en los últimos 27 años. El autor trata temas adicionales como el comportamiento de la pobreza rural, la rotación de la fuerza laboral, el salario mínimo y la coyuntura laboral reciente.

Comentarios generales

El artículo de López describe en forma detallada la evolución de muy largo plazo del mercado laboral colombiano. El trabajo es un aporte fundamental en la literatura sobre el tema y muestra un profundo manejo por parte del autor.

Según allí se afirma, el trabajo es “esencialmente descriptivo”. Ello puede limitar su alcance; sin embargo, el autor debe plantear con claridad y precisión cuál ha sido el problema central del mercado laboral colombiano y establecer una hipótesis sobre las causas profundas de ese problema, por ejemplo: instituciones laborales como salario mínimo y costos laborales, calidad de la educación y oferta educativa, cambio técnico, tasa de cambio, demografía, cambio estructural, entre otros durante el período estudiado y presentar su trabajo de descripción alrededor de la hipótesis fundamental. Así, las tendencias del empleo y los ingresos de los no calificados, su desempleo, su participación en la masa salarial, etc., estarían relacionados con esa hipótesis global.

De esta manera, dependiendo del tipo de causa (o causas) se tendría claridad en qué tipo de políticas laborales y de empleo implementar.

Comentarios a las secciones

El empleo moderno y la escolaridad de la fuerza laboral

El autor define el empleo moderno (distinto del formal) como el compuesto por todos los trabajadores asalariados y los trabajadores con alguna educación superior

(asalariados o no), mostrando cómo el empleo formal (trabajadores del gobierno, profesionales y técnicos que trabajan independiente y los trabajadores en empresas de más de cinco ocupados), aunque con mayor participación en la fuerza laboral que el moderno, sigue la misma tendencia. Lo mismo acontece con el empleo informal (el complemento del formal) y el núcleo informal (no asalariados sin educación superior). El autor señala que el empleo moderno ha permanecido constante como proporción de los ocupados, que los asalariados sin educación superior han perdido participación en la PEA y que el núcleo informal aumentó su participación en el empleo (del 17% al 22% entre 1984 y 2010).

La conclusión más importante de esta sección es que la proporción de trabajadores no calificados en el empleo moderno ha bajado más que la proporción de los mismos en la fuerza laboral, lo que refleja un sesgo contra estos trabajadores. No obstante, el autor se limita a mostrar el hecho sin ninguna hipótesis sobre este fenómeno, el cual se podría explicar por costos laborales, cambio técnico sesgado hacia trabajo calificado después de la apertura, entre otros.

Participación laboral y desempleo

El autor muestra que porcentualmente la participación laboral ha subido en el largo plazo, que la de los jefes ha bajado y la del resto de miembros ha aumentado (cónyuges e hijos jóvenes). Esto último significa una presión sobre la informalidad y el desempleo —particularmente de los hogares más pobres— que puede reducirse si los jefes tienen más empleos modernos. No es claro cómo se llega a esta conclusión, ni qué política hay que implementar, como tampoco si es deseable que las “esposas” disminuyan su participación laboral.

Sobre el desempleo, el autor muestra los ciclos de esta variable de las últimas décadas; no obstante, no ofrece en esta sección una explicación estructurada de su relativamente alto nivel.

La pobreza rural

Según el autor, el problema de las zonas rurales no es desempleo sino baja calidad de los empleos y, por ende, bajos ingresos. Estos han caído de 80% a 64% del salario mínimo entre 1982 y 2010. Parte de este comportamiento se debe al hecho de que el empleo asalariado rural cayó y el aumento del no asalariado en general se dio de manera precaria. Los que tienen las mayores tasas de desempleo son los trabajadores rurales con algún grado de educación secundaria.

El autor hace un diagnóstico de la cruda situación de los trabajadores rurales; sin embargo, no ofrece ninguna explicación a tal situación. Preguntas tales como: ¿hay selección negativa de los trabajadores rurales (no migran los menos hábiles)? ¿Son minifundistas? ¿Ha aumentado la productividad agrícola y pecuaria, pero solamente en el latifundio y la gran propiedad? ¿Es la protección agropecuaria?, se quedan sin ser siquiera enunciadas. La solución que el autor ofrece para aumentar los ingresos de los trabajadores rurales, de seguir el ejemplo de China y llevar estos trabajadores a las ciudades a construir infraestructura y vivienda, no tiene ningún sustento.

Los trabajadores informales

El autor anota que la participación de la masa de ingresos informales (ya sea como porcentaje de los ingresos laborales totales o de los modernos) ha caído en el largo plazo. La explicación que el autor da es, no obstante, tautológica, y afirma que han caído porque son de “segunda calidad y poseen una muy baja elasticidad-ingreso”. ¿Son de baja calidad y con respecto a qué? ¿Tienen una baja elasticidad-ingreso en comparación con qué?

El segundo tema de la sección es el comportamiento de los ingresos laborales informales frente a los modernos sin educación superior. Aquí se muestra que la brecha entre los ingresos laborales pasó de ser a favor de los informales en 1984 a estar en contra de estos en 2010. Este hecho es central en la evolución del mercado laboral colombiano y para el cual no se ofrece ninguna explicación. Surgen las siguientes preguntas: ¿las características de los informales y los no calificados formales son iguales o distintas? ¿En qué sectores trabajan unos y otros? ¿En empresas de qué tamaño?

Efectos de las tendencias de largo plazo

En la subsección 1 el autor muestra que los trabajadores sin educación superior han disminuido su participación en los ingresos laborales entre 1984 y 2010; sin embargo, no es clara la explicación, salvo que ahora estos trabajadores son ahora una menor proporción. En adición, el corolario final de la subsección señala “el país ha creado una clase media urbana [...] cuya dinámica (de consumo) se ha independizado de la suerte de las clases populares”. Tal conclusión no se desprende de la descripción de los datos presentada.

La subsección 2 muestra que la tasa de rotación del trabajo asalariado es más alta para los menos educados y más pobres. La tasa de enganche es también menor para los pobres; sin embargo, se podría pensar en que son pobres porque su tasa de enganche es baja. Esta subsección presenta algunas estadísticas descriptivas, pero un tanto descontextualizadas.

La subsección sobre el ciclo de vida laboral muestra que los trabajadores sin educación superior se vuelven informales con la edad y que no ahorran pensión para la vejez; no obstante, no se ofrece ninguna explicación de estas tendencias.

El papel del salario mínimo

Esta sección muestra cómo el salario mínimo ha subido en términos reales entre 23 % (deflactado con IPC) y 41 % (deflactado con IPP) entre 1995 y 2010. Si cuentan los otros costos asociados a la nómina, ese aumento llega al 27 % o 45 %. Como porcentaje del PIB per cápita el salario mínimo colombiano es más alto entre los países de la región, e incluso frente a países desarrollados. En adición, un gran porcentaje de trabajadores (por calificación y posición ocupacional) tienen ingresos laborales menores al mínimo. Esta sección indica que los pobres no ganan el mínimo, lo cual es tautológico porque el salario mínimo se encuentra cerca a la mediana de los ingresos laborales.

Esta sección ofrece datos muy relevantes y preocupantes; no obstante, aparece desconectada del resto del documento. Es como si las instituciones laborales (salario mínimo y otras regulaciones) estuviesen separadas de las tendencias de largo plazo del empleo y (en general) del mercado laboral.